



LOS SUEÑOS DEL JAGUAR

Imágenes de la puna y la selva argentina



MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO
ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO • FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE

Con el alto patrocinio de

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE CHILE

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES,
COMERCIO INTERNACIONAL Y CULTO DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA

Han colaborado con esta exposición
las siguientes
instituciones académicas argentinas:

MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES
Buenos Aires

MUSEO ETNOGRÁFICO
JUAN BAUTISTA AMBROSETTI
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

MUSEO DE LA PLATA
Universidad de La Plata



MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO
FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE
Bandera 361 Casilla 3687
Santiago de Chile
1994

Con el auspicio de

FUNDACIÓN ANDES

COMPAÑÍA SUDAMERICANA DE VAPORES S.A.

IMPRESORA OGRAMA S.A.

ENTEL CHILE

EL MERCURIO S.A.P.

SHELL CHILE

LADECO

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

Gasco S.A. se considera privilegiada al cooperar con la exposición *Los sueños del jaguar: Imágenes de la puna y la selva argentina*.

La región del Noroeste Argentino, de donde provienen estas obras maestras de arte precolombino, fue un importante centro de fusión y actividad cultural y tuvo fuertes vínculos con procesos similares que se llevaron a cabo en territorios chilenos.

Nuestra sociedad, que opera precisamente en esta área a través de Gasnor, se ha visto estimulada a participar en esta iniciativa. Estimamos que la colaboración cultural entre dos pueblos con vínculos históricos tan cercanos como Chile y Argentina, es la mejor manera de contribuir a que éstos se conozcan más y mejor, y realicen juntos la importante tarea del desarrollo económico.

Gabriel del Real
Presidente
Gasco S.A.

Portada y página opuesta:
Hacha de bronce,
La Aguada/Ambato
Período de Integración,
ME 51734.

LOS SUEÑOS DEL JAGUAR

Imágenes de la puna y la selva argentina



Exposición
diciembre 1994 a junio 1995

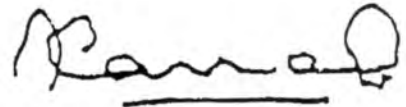
La Ilustre Municipalidad de Santiago y la Fundación Familia Larraín Echenique se complacen en presentar en el Museo Chileno de Arte Precolombino la exposición *Los sueños del jaguar: imágenes de la puna y la selva argentina*. Esta muestra tiene como propósito dar a conocer las diversas manifestaciones del arte precolombino del Noroeste Argentino y su relación con procesos similares ocurridos en territorio chileno.

La mayor parte de las piezas que integran la exposición pertenecen a la Colección Guido Di Tella del Museo Nacional de Bellas Artes de Argentina, pero una parte significativa de ellas ha sido generosamente facilitada por el Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti, el Museo de La Plata, el Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige S.J. y coleccionistas privados.

Agradecemos a las instituciones y personas de Chile y Argentina que hicieron posible esta iniciativa cultural.



Jaime Ravinet De La Fuente
Alcalde
Ilustre Municipalidad de Santiago



Sergio Larraín García-Moreno
Presidente
Fundación Familia Larraín Echenique

PRESENTACION

La Argentina andina, más conocida como Noroeste Argentino, es una de las áreas más ricas en arte precolombino que hay al sur de los Andes Centrales. En el pasado hubo allí un alto desarrollo cultural que se nutrió de las áreas inmediatamente vecinas y, a la vez, irradió hacia ellas, proceso que dio a esta parte del Cono Sur un perfil histórico y cultural sumamente singular, que lo diferencia de aquel que tuvo lugar en el núcleo de la civilización andina.

La exposición *Los sueños del jaguar: imágenes de la puna y la selva argentina* se propone dar a conocer al público chileno algunas de las más altas expresiones artísticas producidas durante el pasado prehispánico en el Noroeste Argentino.

Los «sueños del jaguar» son una alegoría del desarrollo logrado por las sociedades indígenas de esa región, que, de no mediar la invasión europea en el siglo XVI, bien pudieron haber alcanzado un estatus cultural semejante al que se produjo en Perú y Bolivia. Pero los «sueños del jaguar» es también la imagen-fuerza del enigmático y poderoso yaguareté (*Panthera onca*) de las selvas trasandinas, que, evocado por las mentes alucinadas de los chamanes —de «los que saben»— no es sino la expresión pura del poder en su más amplio y profundo sentido. La ubicuidad del felino en el arte del Noroeste Argentino habla por sí sola de la obsesión que los antiguos habitantes de esa región sintieron hacia ese animal y de cómo él encarnó sus sueños y también sus realizaciones.

El Museo Chileno de Arte Precolombino ha hecho un esfuerzo por traer por primera vez a nuestro país una selección de las mejores obras de arte del antiguo Noroeste Argentino. Sin duda, estas piezas estimularán la sensibilidad estética y cautivarán la imaginación de todos quienes tengan la oportunidad de verla.

Agradecemos la buena disposición e inestimable cooperación de los patrocinadores, auspiciadores, instituciones académicas de Chile y Argentina y personas que en esta ocasión nos acompañaron en nuestro propósito de hacer de esta exposición algo más que un sueño.

MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO



al Dr. Alberto Rex González,
de sus amigos y discípulos
de Chile y Argentina.



LOS SUEÑOS DEL JAGUAR

Viaje a la región de la sabiduría y de los señores iluminados

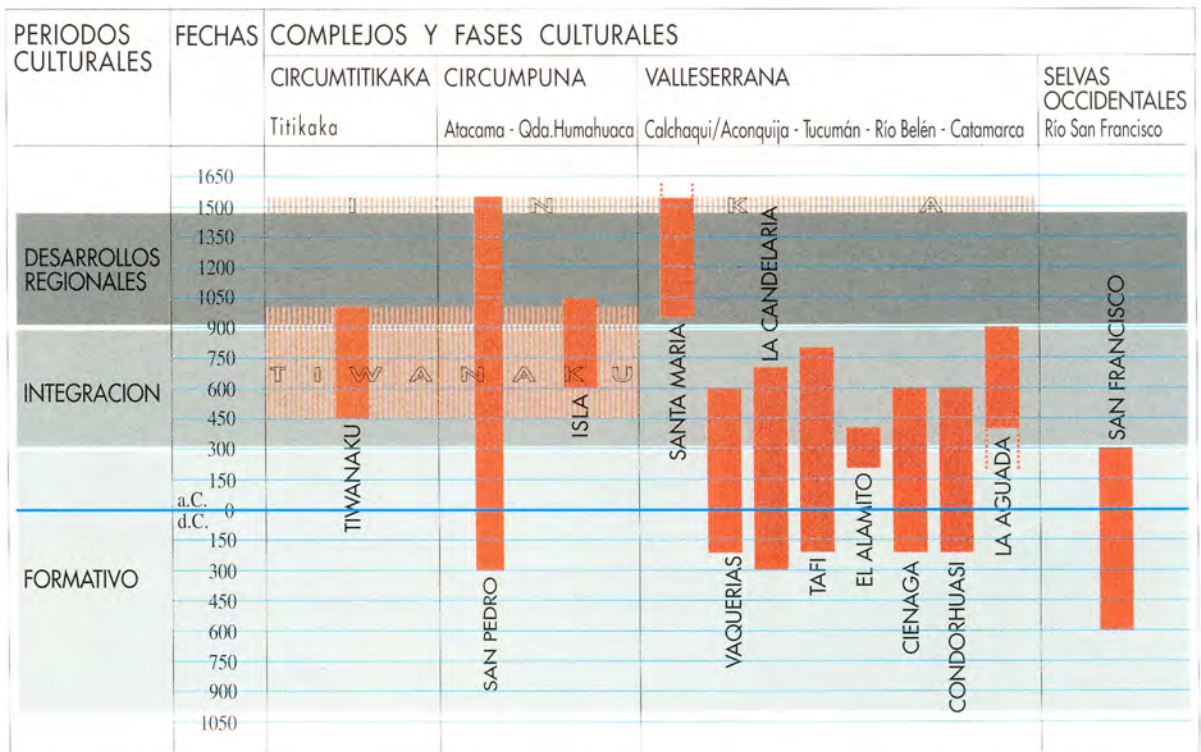
José Antonio Pérez Gollán¹

*qué importa mi pérdida generación,
ese vago espejo,
si tus libros la justifican.*

*Yo soy los otros, yo soy todos aquellos
que ha rescatado tu obstinado rigor*

Jorge Luis Borges

Varios milenios antes de Cristo se puso en marcha en los Andes Centro-Sur un proceso gradual de dominio social sobre plantas y animales, que abrió el camino para nuevos modos de vida.² Las sociedades puneñas probablemente domesticaron a la llama y la alpaca en centros diferentes de los Andes. Un proceso similar operó sobre las especies vegetales. En los territorios de menor altitud de valles, quebradas y oasis, las sociedades iban orientando su subsistencia sobre la

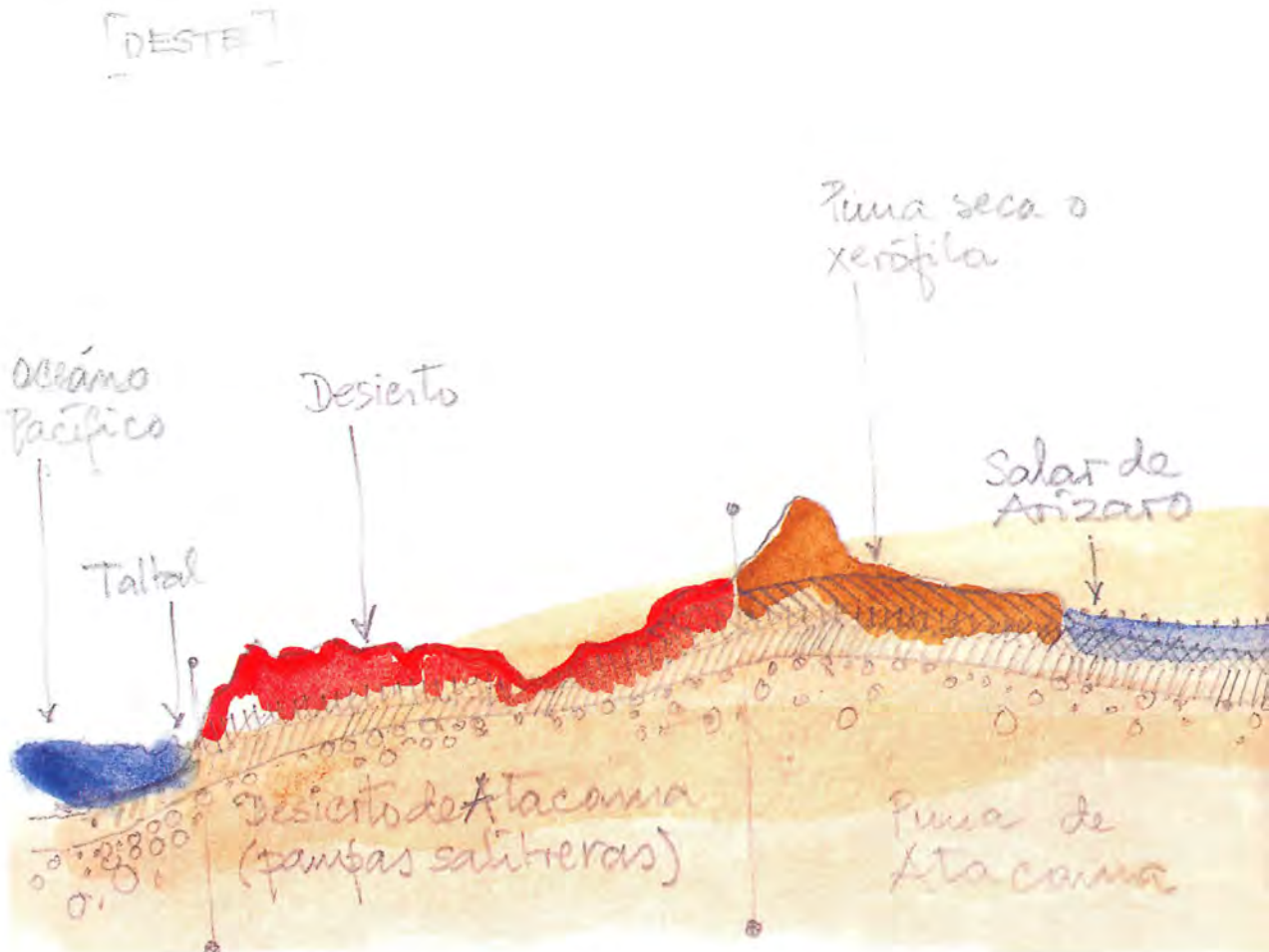


base del cultivo del maíz, zapallos, porotos y ají. Todo parece indicar que hacia el tercer milenio a.C., las sociedades de cazadores-recolectores se aventuraban en la práctica de una incipiente agricultura. Este proceso se reflejaría en un incremento de la población, en nuevas técnicas de preservación de los alimentos, en la construcción de terrazas para cultivos y sistemas de irrigación, etcétera. Pero por sobre todo, generaría nuevas relaciones sociales entre los individuos y afianzaría un modo de vida sedentario y aldeano. La búsqueda de la autosuficiencia comunal estimuló el procuramiento de recursos foráneos mediante migraciones estacionales, viajes e intercambios con otros grupos sociales próximos y distantes. Esta red de contactos difundió en vastos espacios geográficos nuevas tecnologías, modos de

vida, sistemas ideológicos y estilos artísticos, a la vez que fue el sustento para el desarrollo de un ceremonialismo que otorgó mayor cohesión a la vida aldeana.

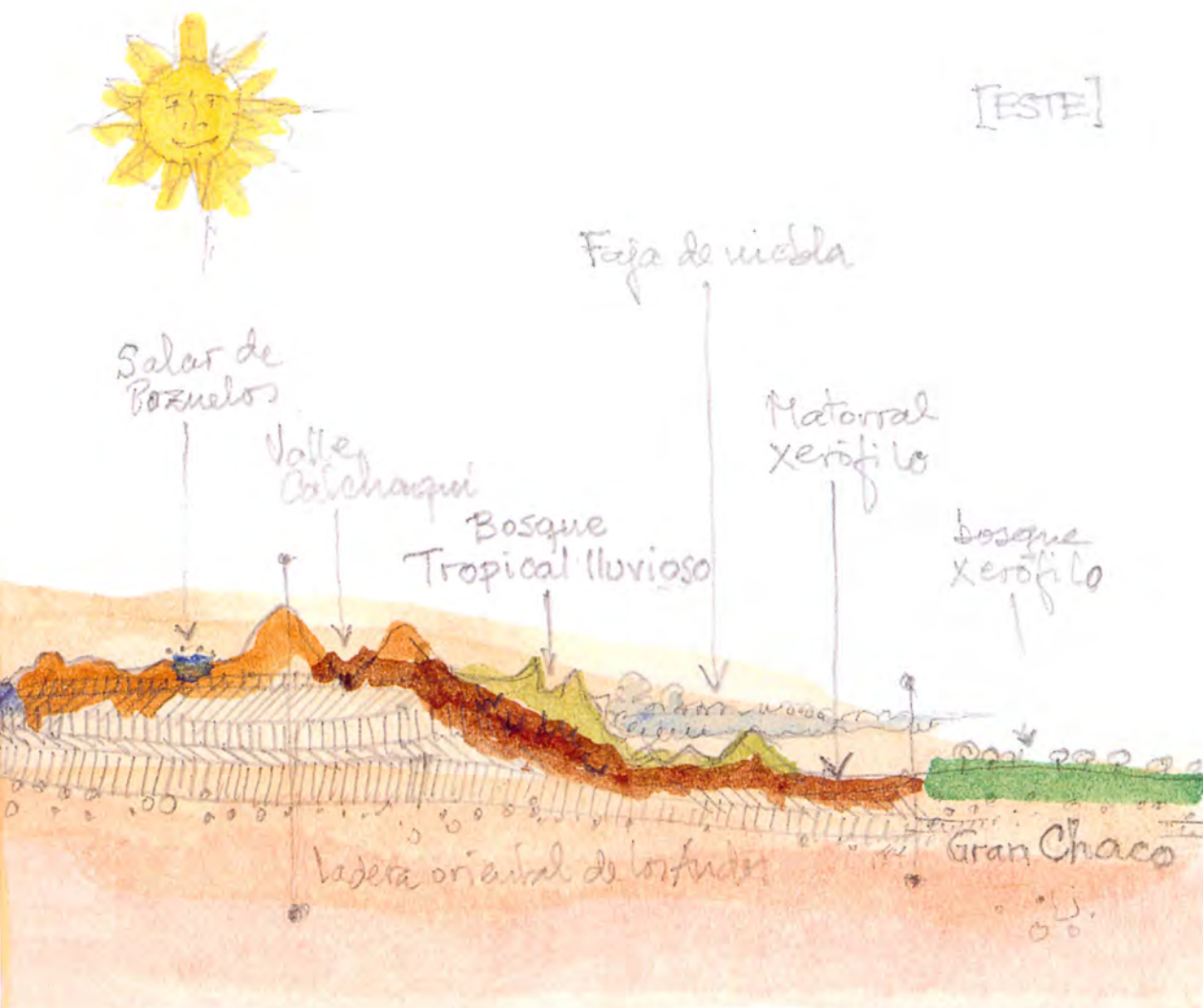
Entre 500 y 1000 a. C., hay ya en el Noroeste Argentino y el norte de Chile sociedades aldeanas que basaban su subsistencia tanto en la ganadería como en la agricultura del maíz o de la papa, según fuera la región que habitaban. Habían pasado a depender de los rebaños y de los cultivos, habitaban en aldeas estables y si bien todavía no había clases sociales, con el correr de los siglos se haría más pronunciada la tendencia hacia la especialización (en rituales religiosos, metalurgia, escultura lítica y otras artes), la que introduciría rangos sociales diferenciados.

Perfil esquemático entre el Océano Pacífico y el Gran Chaco, a la latitud de Taltal (dibujo del autor).



Desde una perspectiva tecnológica, se aprecia cómo los distintos grupos, con las lógicas diferencias geográficas, fueron desarrollando el tejido, la cerámica, la escultura en piedra y una metalurgia del oro muy precoz. Es ahora cuando hace su aparición la imagen del felino: elemento iconográfico persistente a lo largo de toda la historia indígena, que conforma el meollo de la religión solar, a la cual se accede principalmente a través de la ingestión ritual de plantas alucinógenas. Esta religión envuelve en su atmósfera hasta la más pequeña de las manifestaciones de la vida, al punto de aparecer a la vista del observador contemporáneo como una obsesión felínica. Por supuesto, este fenómeno refleja sólo aspectos muy limitados de una realidad que debió ser mucho más rica y compleja.

Desde épocas muy antiguas la gran movilidad de los grupos cazadores-recolectores permitió la circulación de bienes y la complementariedad económica de los variados ámbitos naturales. Posteriormente, las sociedades agropecuarias se esforzaron por ampliar el control sobre distintos enclaves para tener acceso a bienes complementarios, o bien extendieron y afianzaron sus redes caravaneras para poner en circulación determinados excedentes. Esta circulación tenía su lógica: los oasis del desierto de Atacama mantenían flujos de intercambio, por una parte, con la porción septentrional de la puna de Jujuy y la Quebrada de Huamahuaca, y por otra con los valles del centro de Catamarca.³ Además, esta última región, junto con La Rioja y el norte de San Juan, sostenían a su vez fluidas relaciones con el norte semiárido de Chile o Norte Chico.⁴



EL PERIODO FORMATIVO

Las sociedades del Período Formativo (600 a.C. - 300 d.C.) son pequeñas comunidades agrícolas constituidas por grupos familiares ligados mediante lazos de parentesco. Ocupan asentamientos que, en algunos casos, son viviendas dispersas entre los campos de cultivo; en otros, se trata de recintos dispuestos en torno a un amplio patio central. Las habitaciones de esta época son, por lo general, de planta circular. En ocasiones, se construyeron también montículos artificiales o bien se esculpieron menhires o monolitos de piedra destinados a cumplir con determinadas ceremonias y ritos.

Para una agricultura de grupos que mantenían relaciones sociales relativamente igualitarias no fue necesario ejecutar obras complejas. Se usaron las franjas fértiles a la vera de los ríos o sobre el dorso de los conos de deyección, lo que permitía el manejo del agua sin tener que recurrir a grandes obras de irrigación. No obstante, se construyeron campos y andenes de cultivo para un mejor aprovechamiento de los terrenos.

Durante el Período Formativo los niños fallecidos eran sepultados en urnas de cerámica y los adultos en el patio central de la aldea o bajo el piso de las viviendas. Iban acompañados de ofrendas que consistían en unos pocos objetos de uso cotidiano o, en casos muy especiales, de piezas excepcionales de piedra, cerámica o metal.

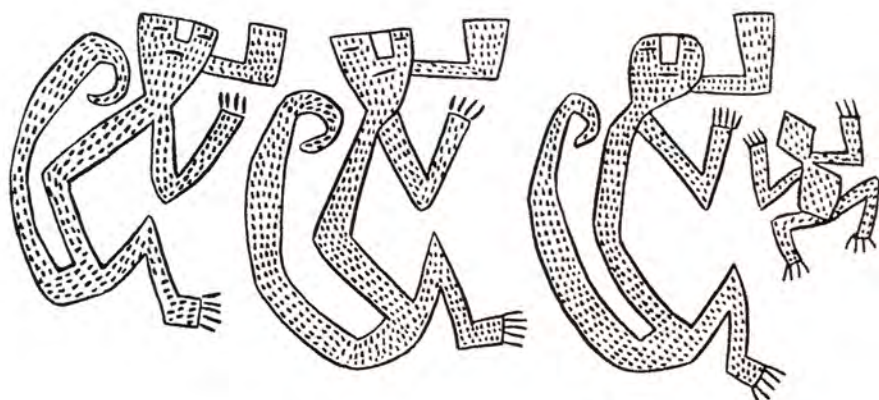
La cuenca del río San Francisco

Hacia el sudeste de Jujuy y el centro-norte de Salta, en torno a la cuenca del río San Francisco (que es uno de los principales afluentes del Bermejo), se localizan las

manifestaciones arqueológicas del denominado Complejo San Francisco, fechado en 620 a.C. El área corresponde al espacio geográfico que delimitan las sierras subandinas, dispuestas de noroeste a sudoeste, y que decrecen desde los 2800 m de altura en el oeste a los 300 m en el este. Estas sierras acentúan sus características tropicales: aumentan la humedad, la temperatura y la vegetación. De diciembre a abril sube la temperatura y las lluvias se incrementan hasta llegar a los 1500 mm anuales, mientras que el resto del año es seco con temperaturas entre templadas y frías. En la región hay una transición entre la zona de *yungas*, caracterizada por una verdadera vegetación selvática, y el «distrito chaqueño occidental» que pertenece a la provincia Chaqueña, con una flora de características xerófilas.⁵ En estos valles que forman los ríos de la cuenca del San Francisco se desarrolla la selva basal que es el hábitat natural tanto del cebil como del yagareté o jaguar (*Panthera onca*).⁶

Los asentamientos arqueológicos del Complejo San Francisco se presentan dispersos. Los distintos grupos emparentados debieron levantar sus viviendas sobre montículos de baja altura que llegan a tener entre 10 y 30 m de diámetro, distando 100 a 200 m entre sí. Su economía se basó en la agricultura del maíz y gracias a las favorables condiciones climáticas no fue necesario recurrir al riego artificial. Es probable que en algunos sectores del área estos grupos pudieran pastorear rebaños de llamas.

La alfarería de San Francisco ha sido dividida en dos grandes conjuntos. Uno, denominado «El Infante», corresponde a una cerámica tosca, de paredes gruesas color rojizo y que está decorada mediante corrugado, incisión, unguiculado y alveolamiento. El otro, llamado «Arroyo del Medio», presenta una superficie lustrosa negro a gris muy pulida, lisa o decorada mediante diversas técnicas: grabado, pintura roja sobre



Monos fumando en pipas,
Ciénaga I, Catamarca
(según González 1977).

Pipa zoomorfa de
cerámica, San Pedro
(Museo Arqueológico R.P.
Gustavo Le Paige
N° 17.105; alto: 7,6 cm).



ante o grabado y pintado. Las formas más comunes son escudillas cónicas, vasos globulares con cuellos abultados y, para el entierro de niños, urnas de paredes gruesas, decorada con caras antropomorfas modeladas en el cuello. A este conjunto cerámico pertenecen las pipas angulares para fumar que llevan motivos «felínicos» modelados en el hornillo y, muchas veces, pequeños apoyos cónicos.⁷ Estos artefactos están en relación directa con la abundancia de cebil en la cuenca del San Francisco. Caravanas de llamas pudieron llevar las pipas hasta los oasis del Salar de Atacama, en el norte de Chile, junto con los caracoles de agua dulce (*Strophocheilus oblongus*), que sirvieron para guardar tinturas, tierras de colores y otras sustancias muy apreciadas como los polvos alucinógenos,⁸ además de cumplir la función de implementos inhaladores de los mismos.

Vaquerías

Poco antes del inicio de nuestra Era, cuando el Período Formativo estaba en sus comienzos, se manufacturó una alfarería que debió gozar de un altísimo valor: la de Vaquerías. Es posible que esta cerámica integrara el Complejo San Francisco o que fuese manufacturada por una sociedad muy afin a este último. Sus

Quebrada de Humahuaca.
Visión desde el pucará de
Yacoraité (Jujuy).

ejemplares fueron transportados por las caravanas hasta los oasis del Salar de Atacama y los asentamientos del río Loa Superior. También los requerían tanto las sociedades puneñas del este de los Andes, como las que ocupaban el piedemonte oriental y los valles y quebradas de más al oeste.

La cerámica Vaquerías debió tener un alto valor ritual. Fue fabricada por artesanos de gran maestría. Su decoración se hacía sobre la base de triángulos escalonados o rombos pintados en rojo o negro sobre un fondo amarillento o crema. Se fabricaron piezas globulares con cuello cilíndrico y asa vertical, y escudillas de perfil compuesto y un característico borde engrosado. La forma más característica es un jarro semicilíndrico (similar a un *kero*) que debió usarse en importantes ceremonias. A lo largo de la historia andina los vasos cilíndricos, pero particularmente los *keros*, han cumplido un importante papel en la vida social. Es posible que la tradicional *chicha* de maíz se mezclara con sustancias alucinógenas (*vilca* o *coro*), en ocasión de los brindis ceremoniales que imponía el intrincado protocolo ritual de las sociedades andinas.

Tema común en Vaquerías son los felinos y las cabezas cercenadas, motivo vinculado a la práctica de



la «cabeza trofeo». Ambos están asociados a la ideología andina. Son frecuentes también los personajes humanos, que muy probablemente tienen que ver con el afianzamiento de la posición de los jefes o chamanes y con la emergencia de estatus sociales diferenciados. Esta alfarería tiene nexos muy estrechos con las culturas del ámbito boscoso del piedemonte andino, en las actuales provincias de Salta y Jujuy, precisamente donde crece en forma natural el *cebil*. Por esta razón, aparece asociada con gran frecuencia a pipas hechas también de cerámica.

Es en este momento cuando se hace evidente la relación entre el consumo de plantas alucinógenas, la práctica de los sacrificios humanos y el culto al felino. Esta trilogía se desplegará con igual o mayor riqueza en la cultura Condorhuasi y alcanzará su culminación en el Período de Integración.

La Quebrada de Humahuaca

Esta quebrada es un valle angosto de 170 km de largo, orientado de norte a sur, por cuyo fondo corre el río Grande, un afluente del San Francisco. Las sierras

Alta, de Chañi y Aguilar la separan de la puna, mientras que las de Tilcara y Zenta lo hacen por el este. Así, la quebrada se halla encajada entre el altiplano y las laderas boscosas del oriente. Las altitudes aumentan de sur a norte y por la diversidad del paisaje se la puede dividir en tres secciones: la inferior, que va desde San Salvador de Jujuy (1200 m) a Volcán (1700 m); la media, que llega hasta Uquía (2800 m); y la superior, que termina en Iturbe (3300 m).

La sección inferior es la que registra el más alto índice de precipitaciones anuales (930 mm) ya que en este tramo la quebrada tiene una orientación hacia el sudeste que facilita la entrada de los vientos húmedos. En consecuencia, crece allí un bosque subtropical. En el norte hay una sensible disminución de las lluvias (sólo 200 mm anuales).

La Quebrada de Humahuaca pertenece a la provincia fitogeográfica de la Prepuna, Dominio Chaqueño. Posee una vegetación de estepa arbustiva caracterizada por la presencia del churqui (*Prosopis ferox*), de cactáceas columnares como el cardón (*Trichocereus pasacanas*) y varias especies rastreras del género *Opuntia*.



La presencia del Formativo en Humahuaca no es del todo clara. La quebrada de Estancia Grande es la que ha proporcionado la mayor información sobre este período, si bien tuvo una ocupación humana que se prolonga hasta épocas muy tardías. Estancia Grande es un afluente de la quebrada de Purmamarca y es el único sector agrícola prehispánico de cierta importancia que está ubicado en la vertiente oeste de la Quebrada de Humahuaca.⁹ Los restos arqueológicos son instalaciones ganaderas y agrícolas ubicadas a 3200 m de altura y en una zona que registra sólo 100 mm de lluvia anual. Al igual que otras poblaciones formativas, sus sitios muestran acequias, cuadros o canchones de cultivo y viviendas de planta rectangular dispersas entre los rastrojos. Se ha recuperado alfarería considerada temprana, como la Gris Pulida o Marrón Castaño Pulido, situable hacia el 400 d.C.¹⁰ Hay información del hallazgo de pipas de cerámica, alfarería con decoración imbricada y predominio de vasos grandes, de superficie lisa y sin decoración, similares a los «tubulares» de Iruya en Salta,¹¹ Hallazgos de pipas en las investigaciones realizadas en la traza urbana de Tilcara, situarían a este sitio también dentro del Formativo.¹²

La Candelaria

El sector central del piedemonte oriental fue ocupada por la cultura de La Candelaria, que se extendió desde Pampa Grande en el norte hasta El Siambón y El Cadillan en el sur. El límite occidental de esta cultura lo marca el cordón de la Sierra del Aconquija-Cumbres Calchaquíes, mientras que hacia el este se extendió por las faldas orientales de las sierras subandinas de La Ramada, Medina y La Candelaria: una línea imaginaria que trazada de norte a sur pasa por la altura de la localidad de Burreyacú, en la provincia de Tucumán.

El sistema del Aconquija-Cumbres Calchaquíes y la Sierra de Medina condicionan con su presencia el clima del área ocupada por la cultura de La Candelaria. Esta masa montañosa es una barrera casi infranqueable para los vientos cargados de humedad que avanzan desde el oriente. En consecuencia la vegetación se despliega en franjas altitudinales de norte a sur según la cantidad de lluvias.

Paisaje de la selva tucumana.





Es importante destacar, desde una perspectiva social e histórica, la presencia del *cebil* o *vilca* tanto en la selva basal como en el monte mesófilo. Por esta razón, además, es que en el contexto de los bienes materiales de Candelaria son comunes las pipas de cerámica, que sirvieron seguramente para fumar sustancias alucinógenas preparadas con semillas de este árbol.

Los asentamiento de Candelaria se emplazan preferentemente en el territorio llano cubierto por el monte mesófilo y xerófilo, o bien en las laderas bajas que marcan la transición entre el monte y la selva basal. En ésta última, en cambio, son escasas las ocupaciones y cuando ocurren es en las intrusiones del monte mesófilo. Hay instalaciones en el prado de altura con vegetación de pastos, sin árboles ni arbusto, pero por lo general cerca de la selva basal. Se puede concluir que los grupos Candelaria mostraron una preferencia por habitar el monte próximo a los límites de la selva basal, sin franquear los 1000 m de altitud y en áreas de menos de 1000 mm de precipitación anual.

Hay evidencias arqueológicas¹³ que nos indican que la economía de Candelaria estuvo basada en el cultivo del maíz (*Zea mays* var. *microsperma* K) y que también se cosecharon por lo menos dos variedades de porotos (*Phaseolus vulgaris* y *Ph. lunatus*) y dos de zapallos (*Cucurbita maxima* y *C. andreana*), quínoa (*Chenopodium quinoa* W.), amaranto (*Amaranthus caudatus* vars. *leucosperma* y *alopecurus*), un maní frecuente en la costa del Perú (*Arachis hirsuta*) y calabazas (*Lagenaria siceraria*). Al parecer no existen andenes, campos de cultivo ni obras de irrigación, lo cual hace pensar que las cosechas se lograron sin otro artificio que el agua de la lluvia. No queda claro si Candelaria – por las condiciones de su medio ambiente– practicó el pastoreo de llamas. Al menos, se han hallados vasos de cerámica modelados que representan a estos animales.

El momento más antiguo o Formativo postulado por Osvaldo Heredia para Candelaria ha sido denominado El Mollas, pues se definió gracias a los materiales cerámicos procedente de esa localidad en Tafí del Valle (Tucumán).¹⁴ Se caracteriza por los rasgos en relieve, complementados y realzados por trazos o puntos incisos, aplicados sobre las paredes de los vasos para figurar cejas, narices, bocas y orejas protuberantes de seres humanos o animales. Son vasijas grandes, a manera de urnas, de paredes por lo general gruesas y alisadas, cocidas en atmósfera oxidante. Algunos fragmentos de características semejantes se han hallado en la localidad de La Candelaria (Tucumán), Cafayate (Valle Calchaquí, Salta) y en el valle del río San Francisco (Jujuy). Su ubicación cronológica estaría hacia los comienzos de la Era Cristiana, o aun varios siglos antes. Sin embargo, investigaciones posteriores a las de Heredia, realizadas en el valle de La Ciénaga (Tucumán), parecerían marcar una presencia exclusivamente Candelaria y más antigua para la región de Tafí del Valle.¹⁵ Esta circunstancia debe ser tenida en cuenta para futuros estudios de síntesis.

En la fase siguiente, denominada Chusca, los vasos zoomorfos de cerámica pulida color gris o marrón y decorados por modelados, aplicaciones e incisiones de rayas y puntos, pasan a ser los más representativos. El cuerpo de las piezas es asimétrico y lleva en uno de los extremos un cuello separado por un pequeño abultamiento y una garganta; una asa-cinta une el borde del cuello con su tercio inferior. Sobre la porción media se ha representado una cara con ojos «en grano café» (un rasgo muy característico) y boca con dientes prominentes, elementos que le dan una extraña apariencia entre pájaros y hombres. Los atributos corporales se han plasmado mediante aplicaciones en relieve y con rayas y puntos incisos. La mayoría de estas piezas provienen de ofrendas que había adentro de las grandes urnas funerarias que sirvieron para la inhumación de niños o adultos.



Yaguareté o jaguar (*Panthera onca*).

En términos cronológicos esta fase Chusca fue situada por Heredia entre el 200 y 400 d.C., en virtud de vinculaciones con la alfarería reputada en ese momento como Condorhuasi Tricolor. Hoy sabemos que, en realidad, se trata de la cerámica Vaquerías.¹⁶ De esta manera es posible sostener que el inicio de Chusca se remonta, cuando menos, a un par de siglos antes de la Era Cristiana y, a la vez, se establece sobre bases bastante firmes una conexión con la región del río San Francisco (Jujuy). Heredia siempre fue de la opinión de que en este momento del Período Formativo hay en el área de Candelaria una dinámica de intercambios muy compleja, testimonio de lo cual son las piezas halladas en Santiago del Estero, Tafí del Valle (Tucumán) y Animaná (Salta).

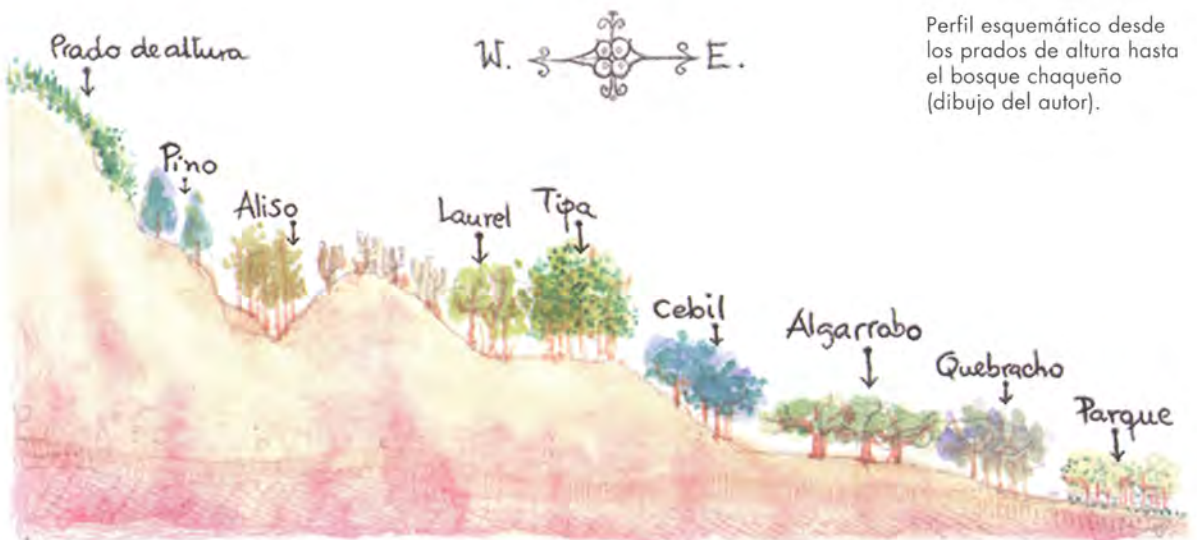
El asentamiento en el sitio de Chusca presenta recintos dispuestos en semicírculo en torno a un espacio central a modo de patio de entre 60 y 40 m de diámetro. Las construcciones son alineamientos de piedra clavadas sobre la superficie formando una planta aproximadamente circular de entre 4 y 5 m de diámetro. Próximo al sector construido hay un basurero que se formó por la acumulación de los desperdicios. Este tipo de asentamiento se ajusta a una modalidad que está generalizada en el Período Formativo y todo indica que estuvieron ocupados probablemente por una familia extensa.

La fase Ceibal (405 ± 35 d.C.) se caracteriza por urnas funerarias para párvulos y adultos que poseen un borde engrosado de unos 10 cm de alto, donde se dispone una decoración de líneas onduladas y depresiones circulares similares a puntos. En parte, esta fase es contemporánea con Chusca.

Durante el Período Formativo la cultura de La Candelaria se encuentra asentada en las regiones del monte mesófilo y xerófilo occidental y del monte, al parecer, con una cierta preferencia por las ínsulas del monte en otros ambientes. Durante la fase Chusca se hacen patentes indicios de contactos con la cultura Condorhuasi (véase más adelante), manifestadas en las formas cerámicas inspiradas en los vasos antropomorfos modelados.

En la fase Choromoro (que sigue a Chusca y con la que tiene una marcada continuidad) hacen su aparición nuevas formas cerámicas: son vasos, por lo general de cuerpo globular del cual sale un cuello con una representación modelada en su tercio inferior. Esta se asemeja a un animal con hocico troncocónico inclinado hacia abajo, ojos redondos insertados en una leve depresión y dos salientes cónicas en el lugar de las orejas. Hay también un abultamiento en la unión del cuello con el cuerpo. Sobre la espalda del animal, en la parte superior del vaso, suele haber una figura modelada que representa tanto a un sapo como un ser humano sentado o acucillado. En esta fase se han abandonado los rasgos aplicados, que eran tan comunes en Chusca. Se popularizan, en cambio, tres o cuatro apéndices cónicos modelados que sirven de apoyos para vasos y escudillas.

En la fase Choromoro existen unas jarras de cuerpo subglobular y cuello alto, cuyo borde oblicuo (más alto del lado opuesto al asa) le confieren características muy distintivas. Algunos de estos ejemplares han sido decorados con motivos geométricos grabados. Proceden en parte del área de Candelaria, pero también de regiones de más al oeste, en el valle Calchaquí y en el del Cajón.



En la siguiente fase, Molleyaco, se observa un incremento de la alfarería con decoración grabada, continúan los vasos con modelados de animales con «trompa» y ojos redondos, mientras que en las escudillas comienza a popularizarse el perfil compuesto y a acentuarse la complejidad de los motivos decorativos de la cerámica grabada.

En el sitio de Molleyaco fue relevado un asentamiento construido sobre un llano en la cumbre de unas lomas. Los recintos son de planta aproximadamente circular, generalmente de perímetro incompleto y de unos 6 m de diámetro. La delimitación de la superficie de las viviendas se logró por medio de piedras planas clavadas de punta en la tierra, conformando un zócalo para una pared de material perecedero levantada con troncos, ramas, paja y barro. Un elemento significativo es el descubrimiento de un monolito de piedra (menhir) de 1 m de altura, que en una de sus caras lleva grabado motivos rectangulares. Se emplazaba en el medio del área de viviendas, lo cual puede indicar que estaba destinado a la realización de ciertas ceremonias comunales. Krapovickas también halló un monolito similar, pero sin decoración, en sus investigaciones en Altos de Medina (Tucumán).

Alberto Rex González llevó a cabo excavaciones arqueológicas en las cuevas de la zona arqueológica de Pampas Grandes (Salta).¹⁷ Exploró una buena cantidad de cuevas y abrigos rocosos que sirvieron como sitios de vivienda temporales, pero fundamentalmente para sepultar a niños y adultos, por lo general en urnas de cerámica. Las ofrendas que acompañaban a las inhumaciones permitieron ampliar nuestro conocimiento de los bienes de la sociedad Candelaria

y, paralelamente, corroboraron el modelo cronológico-cultural propuesto por Heredia, situando los hallazgos en las fases Molleyaco (400-700 d.C.) y Rupachico (700-1000 d.C.).

Gracias a las investigaciones de González, sabemos que las armas eran arcos simples de cuerda vegetal y puntas de flecha de madera (hubo sólo un caso con punta de piedra). Hay también una excelente canastería de formas cilíndricas y otras abiertas, decorada con dibujos geométricos de colores y fabricada con la técnica de aduja. Los cestos fueron confeccionados en forma tan apretada que retienen los líquidos. Se hallaron tejidos burdos de lana de llama, además de unos pocos ejemplares de factura más esmerada y con decoración policroma. Tejieron también redes de nudos que servían a los fines de la vida cotidiana. Los objetos de metal recuperados son pocos: un colgante oval de oro y unos anillos de cobre; es muy posible que no fueran fabricados localmente y se los trajera desde otras localidades del Noroeste Argentino. Es muy reveladora, por ejemplo, la presencia de conchas de Oliva, originarias de la costa del Atlántico, a más de 1900 km de distancia.

Fueron comunes los caracoles terrestres (*Strophocheilus oblongus*) que, como ya se dijo, debieron servir para contener y aspirar el polvo alucinógenos de las semillas de *cebil* o *vilca*. Pipas de cerámica sirvieron para fumar y unas boquillas de madera y hueso fueron empleados como inhaladores. Reiteramos que la costumbre de emplear estos caracoles terrestres dentro del equipo alucinógeno estaba extendida hasta San Pedro de Atacama, en el borde puneño del norte de Chile.



Al sur de la ciudad de San Miguel de Tucumán - debajo del área ocupada por la cultura de La Candelaria- y hasta el centro de la provincia de Catamarca y el oeste de Santiago del Estero, se extiende la zona extremo meridional del piedemonte oriental. En esta zona, entre 27° y 29° latitud sur, desaparecen dos elementos claves del paisaje de los Andes: hacia el oeste la puna, y al este el bosque del piedemonte oriental con su provisión de bienes de las tierras bajas, entre los que destacan las plantas alucinógenas.

Tafí

Situado entre el piedemonte oriental y los valles áridos del oeste, el valle de Tafí está enclavado casi a 2000 m de altitud entre los sistemas montañosos del Aconquija y las cumbres Calchaquíes. Tiene una extensión de 15 km de largo y 5 km de ancho. Se encuentra cubierto

por depósitos aluviales. Las lluvias no superan los 400 mm anuales y la vegetación es la que caracteriza a las praderas de altura, con abundantes pastizales, hierbas y gramíneas. La altitud, precipitaciones y clima frío se combinan para que se desarrolle un paisaje de alto prado andino con pasturas aptas para el pastoreo de llamas y alpacas. El valle de Tafí es una región de transición entre la vegetación selvática y el monte xerófilo.¹⁸

Los grupos de Tafí habitaron núcleos de entre una y ocho habitaciones de planta circular, de aproximadamente 3 m de diámetro, y agrupadas alrededor de un patio de mayores dimensiones. Las paredes se levantaron con piedras grandes clavadas en el suelo y complementadas con otras de menores dimensiones. El techo, construido de ramas, paja y barro, debió ser cónico, en concordancia con la planta circular del recinto. Estos núcleos habitacionales debieron albergar a una familia extensa. Bajo el suelo



Mortero de piedra en forma de felino con cabeza humana (Col. Guido Di Tella N° 26; largo: 35,4 cm).

Máscara de piedra, Tafí (Col. Guido Di Tella N° 4; largo: 17,5 cm).

del patio central se enterraron en cámaras de piedras los muertos de la familia. Los núcleos están separados unos de otros pero, sin duda, debió existir un nexo político y social que los agrupaba.

La sociedad Tafí confeccionó una alfarería sencilla, con escasa decoración y que debió estar destinada a servir en la vida diaria. En contraste, manejó con gran maestría la escultura en piedra. Los más renombrados son los grandes monolitos, de hasta 3 m de altura y decorados en algunos casos con motivos esculpidos en bajorrelieve. Otros llevan rostros humanos estilizados mediante líneas rectas; a veces, combinan caracteres humanos y serpentiformes. Se encuentran también representaciones de felinos. Hay evidencias de que también se los pintaba. Estos menhires fueron hechos para servir en los rituales religiosos y debieron estar emplazados en estructuras ceremoniales.

En el trabajo de piedra de Tafí son comunes las máscaras que representan rostros humanos. Estos rostros eran logrados mediante una notable síntesis de planos cavados que permiten un juego extraordinario de sombras y luces.

Las investigaciones realizadas en un valle próximo, el de La Ciénaga, parecen indicar que en la región existió una ocupación Candelaria más antigua.¹⁹ Si a esta circunstancia unimos el testimonio de los ajuares mortuorios, no quedan dudas de que la sociedad asentada en el valle de Tafí tuvo vínculos estrechos –que por el momento son difíciles de definir– con los grupos Candelaria de las tierras bajas orientales. Por los fechados radiocarbónicos se sabe que la denominada cultura de Tafí debió constituirse varios siglos antes de nuestra Era y haber perdurado hasta por lo menos el siglo IX d.C.

Condorhuasi

De una amplia dispersión en los valles y quebradas del Noroeste Argentino son las piezas de la cerámica denominada Condorhuasi. No obstante, lo que aparenta ser su núcleo está en el centro- sur de Catamarca y norte de La Rioja. Se han encontrado ejemplares de esta alfarería –verdaderos objetos singulares y suntuarios– en las tumbas de San Pedro de Atacama (Chile), los cuales debieron de tener un importante papel simbólico en el mundo ideológico de los Andes Centro-Sur.

Quizás las piezas cerámicas más conocidas de Condorhuasi son las figuras humanas modeladas que representan, en muchos casos, a mujeres sentadas o en actitud de gatear. Por cierto, hay también hombres, claramente caracterizados por sus atributos sexuales. Otros vasos presentan seres humanos cuyas extremidades han sido modeladas como saliencias redondeadas o cónicas, muchas veces desplazadas de su verdadera ubicación anatómica. No faltan los felinos, ya sea como representaciones realistas o en combinación con figuras fantásticas de aves o mamíferos, donde los cuerpos aparecen como alargados tubos cónicos. Los rostros son aún más desconcertantes por la mezcla de rasgos de aves, jaguares y humanos. Algunas piezas tienen caras con una nariz prominente y aguileña, ojos saltones y cuerpos globulares; otras llevan una imagen humana naturalista en un extremo y la de un animal en el opuesto, siendo el cuerpo del vaso la unión entre ambas.

En el caso de las representaciones humanas, tanto femeninas como masculinas, los cuerpos están

Figuras femeninas de cerámica, Condorhuasi (Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige S.J. N° 8.496 y Museo Chileno de Arte Precolombino N° 2339; altos: 10,1 y 22,7 cm respectivamente).

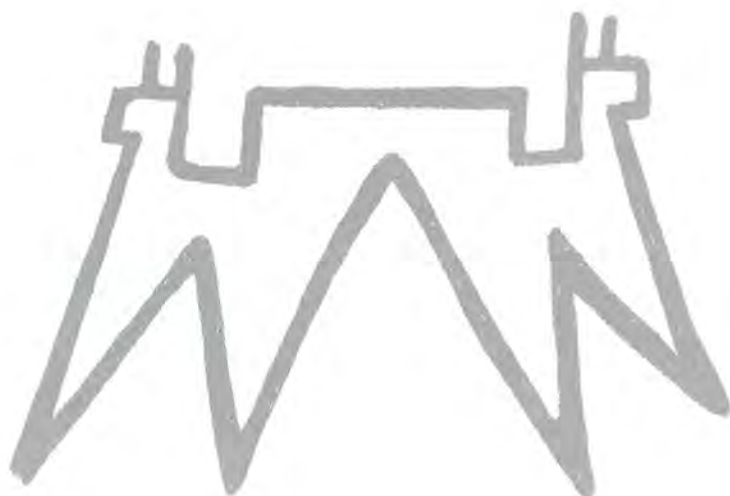


Figura de llama de dos cabezas, Condorhuasi.



decorados con motivos pintados en negro y orlados de blanco que describen adornos (fajas, collares y gorros), además de tatuajes o pinturas corporales. El fondo de las piezas es casi siempre de color rojo oscuro. Abundan los escalonados o triangulares en hileras como temas decorativos, pintados además de la modalidad tricolor, en blanco sobre rojo.

Aparte de esta alfarería policroma tan conocida de la cultura Condorhuasi, existe un tipo que ha sido atribuido a su contexto designándosele con el nombre de Río Diablo. Se trata de una cerámica gris alisada (aunque a veces también hay ejemplares de superficie negra pulida) decorada con motivos incisos de rombos o ángulos rellenos de puntos. El jarro es una de las formas más comunes en este tipo. Tiene un cuerpo globular achatado, cuello cilíndrico bajo y un asa vertical. En algunos casos la parte superior del cuerpo representa surcos deprimidos y anchos. En términos cronológicos la alfarería de Río Diablo se ubica entre el 200 a.C. y el 200 d.C. Tanto por su situación temporal como por su tecnología, el tipo Río Diablo muestra unos nexos muy fuertes con la sociedad formativa de la cuenca del Río San Francisco.

Los ejemplares Condorhuasi, de muy extraña apariencia estética a los ojos de un observador contemporáneo, adquieren consistencia en el contexto del mundo simbólico e ideológico de esa sociedad. Hay indicios como para pensar que se trata de las manifestaciones de una religión solar extendida por los Andes Centro-Sur y cuya iconografía es manipulada por determinados grupos sociales (familias o linajes) para enmascarar las incipientes relaciones de dominación. Del mismo modo, bienes de profundo sentido jerárquico, como son las plantas alucinógenas, metales, tejidos y plumas, se usan para legitimar la desigualdad social y reforzar el carácter sagrado del poder de los señores.²⁰ En ese sentido, es importante señalar la confección de vasos modelados de alfarería en forma de personajes sentados, que es posible interpretar como la representación de señores o *kurakas*. En efecto, en el mundo andino sólo los dignatarios o personas de importancia social tenían derecho a sentarse en una banca o escabel llamada *tiana*.²¹ Son también notables en Condorhuasi las piezas de uso jerárquico hechas de oro. Todos estos son indicios de que, hacia comienzos de la Era, en gran parte del Noroeste Argentino se afianzaba una tendencia hacia la complejidad política y la desigualdad social: estaban constituyéndose los primeros señoríos.



Vasija zoomorfa de cerámica, Condorhuasi (Museo Chileno de Arte Precolombino N° 0566; alto: 32 cm).

Vaso antropomorfo de cerámica, Condorhuasi (Museo Chileno de Arte Precolombino N° 2137; alto: 19,8 cm).



El Alamito

El llamado Campo del Pucará es un valle que se forma en donde se intersectan los nevados del Aconquiya, la cadena del Ambato y la sierra de Naváez. El fondo del valle se sitúa hacia los 1700 m; goza de un clima benigno, húmedo y con una vegetación de pastos duros del género *Stipa*. Es un nudo de comunicación entre los valles y bolsones áridos situados hacia el occidente, y las faldas boscosas de la vertiente oriental, hacia la provincia de Tucumán.

En el rincón noreste del Campo está la localidad arqueológica de El Alamito. Allí se han investigado asentamientos, ocupados aproximadamente entre el 200 y el 400 d.C., que se presentan como una serie de elevaciones dispuestas formando un gran círculo de unos 40 a 50 m de diámetro y que dejan libre un espacio central a modo de patio. Al oeste se acumulan los desechos del poblado hasta alcanzar unos 3 m de alto. Frente al montículo-basurero, hacia el naciente, encontramos dos plataformas de piedra de 2,50 m de alto, separadas por un estrecho pasillo. A cada lado de las mismas hay un espacio techado donde se

realizaban tareas cotidianas. En la parte restante del círculo hay aproximadamente seis montículos habitacionales. Las habitaciones son de dos tipos: unas de planta rectangular de 2,5 x 5 m levantadas con paredes de barro. Cada metro tiene columna hechas de piedras chatas apiladas y unidas con mortero de barro y que debieron soportar las vigas del techo. Según interpretaciones recientes este tipo de habitación fueron en realidad talleres dedicados a la fundición de metales.²² Las otras habitaciones son similares pero de planta trapezoidal, cuyas paredes convergen hacia el fondo. Tienen entre 3 y 5 m de ancho por 6 a 10 m de largo. La entrada es un largo y estrecho corredor de 90 cm de ancho. Entre las columnas hay espacios cóncavos que debieron servir para almacenar granos.

Seguramente las plataformas de piedra situadas al oeste del poblado estuvieron destinadas a la realización de actividades ceremoniales. En asociación con ellas fueron hallados un monolito de piedra tallado que representa un ser humano cubierto con la piel de un felino, cabezas talladas en piedra y el entierro de un adulto que carece de la parte superior del esqueleto por arriba de la segunda vértebra lumbar.

Mortero de dos cabezas
(Museo de La Plata
Nº 1028; largo: 49,6 cm).

Suplicante (piedra),
Alamito (Museo de La Plata
Nº 5920; alto: 30 cm).







Suplicante (piedra),
Alamito (Museo de
La Plata N° 1928;
alto: 32 cm).



Estatuilla antropomorfa
de pedra, Alamito
(Col. Guido Di Tella
Nº 78; alto: 25,5 cm).

La cultura de El Alamito fabricó una alfarería sencilla, cuya finalidad era satisfacer las necesidades del uso cotidiano; su escultura lítica, en cambio, revela un gran refinamiento plástico. Dentro de esta técnica las piezas más destacadas son las denominadas «suplicantes». Poseen un rostro antropomorfo de nariz prominente y ojos cilíndricos protuberantes; lo más notable es la representación convencionalizada de los brazos y piernas mediante un arco perforado. El cuerpo algunas veces puede tener un abdomen abultado y en otras aparecer como una simple concavidad. En ambos casos lo que resalta es el juego de los espacios vacíos que, aunque parezca paradójal, parecen envolver a la pieza por completo. Este juego es el que dota a los «suplicantes» de rasgos pocas veces logrados en la creación estética de la América indígena.

Tanto los «suplicantes» como las máscaras de piedra -frecuentes en Alamito y Condorhuasi- al parecer tienen que ver con el culto de los antepasados y con el inicio de una complejidad social en la cual los sistemas simbólicos de origen andino jugaron un importante papel.

La Ciénaga

En el momento en que va culminando el Período Formativo y comienza a despuntar el de Integración, se desarrolla la denominada cultura de La Ciénaga. Los restos Ciénaga se encuentran en un sector del valle Calchaquí, en Catamarca (donde su presencia llega hasta las localidades puneñas de Laguna Blanca y Tebenquiche), La Rioja y el norte de San Juan.

Sabemos que Ciénaga tuvo una economía basada en el cultivo del maíz y el pastoreo de llamas y alpacas. Sus sitios de vivienda son núcleos de 3 ó 4 habitaciones distribuidas en forma dispersa en los campos agrícolas. Estos últimos presentan obras relativamente simples de riego, así como campos aterrizados. Por lo general estas instalaciones ocupan una franja en los conos de deyección, donde es posible un manejo relativamente fácil del agua y el aprovechamiento de los sedimentos más fértiles.

La cerámica más antigua de Ciénaga es la denominada fase La Manga, que se iniciaría hacia el 200 a.C. La forma más típica es un jarro de unos 15 cm de alto con un asa vertical en la porción media. Sobre la pasta, de color gris y alisada, suele haber una decoración incisa de motivos geométricos: trazos verticales o figuras alargadas con el interior relleno de trazos. Otra modalidad decorativa de esta fase son unos diseños

geométricos con pintura roja sobre el color natural de la pasta.

Se ha dicho que los temas decorativos de la cerámica Ciénaga, tomados en su conjunto, son predominantemente geométricos, logrando un claro efecto visual por la austera armonía, ritmo y equilibrio simétrico de las composiciones. Sobre las paredes de jarros, escudillas y urnas funerarias para párvulos se han dispuesto en paneles motivos de rombos, cruces, triángulos, rectángulos, dameros, grecas y escalonados. La técnica de decoración más empleada es la incisión. Muchas veces se recurrió a imprimir, en campos bien delimitados, punteados rítmicos con un peine o espátula dentada para lograr un efecto de textura. Hay piezas decoradas mediante la aplicación de pintura blanca, negra o roja, si bien en menor cantidad.

También hay vasos modelados de pesados seres humanos con piernas abultadas, o bien ingenuos jaguares que nos transmiten una cálida sencillez, casi doméstica, la antítesis del tenso recelo del felino. Guardas o paneles de cabezas humanas triangulares o rectangulares, pintadas o incisas, se representan con unas pocas líneas en un alarde de simpleza y apego al geometrismo, y la misma calidad se despliega en figuras de sapos, simios, aves, saurios y seres humanos. Es por demás notable la figura de un jaguar o, si se prefiere, de una llama felinizada. En ciertas ocasiones este animal se lo representa como una letra «H» mayúscula, con cuatro cabezas y un solo cuerpo. A veces, el centro adquiere la figura de una cruz.

Todo hace pensar que es a esta sociedad de La Ciénaga la que le corresponde el desarrollo inicial de la metalurgia del bronce en el Noroeste Argentino. Esta tecnología debió tener una profunda repercusión social: por un lado, significaba la fabricación de objetos suntuarios y de estatus mucho más elaborados y valiosos; por otro, permitió contar con herramientas duras, de mejor filo y más efectivas. El tráfico de objetos de bronce debió de ser un importante incentivo para que determinadas sociedades, particularmente aquellas que dominaban las complicadas técnicas y tenían asegurado el acceso a los escasos recursos naturales, iniciaran el camino hacia la complejidad sociopolítica, ya que les permitió acumular excedentes a través del tráfico de bienes de alto prestigio.

Máscara de piedra,
Alamito (Museo Chileno de
Arte Precolombino
Nº 1893; largo: 21,5 cm).



LOS SEÑORES DEL JAGUAR: PERIODO DE INTEGRACION

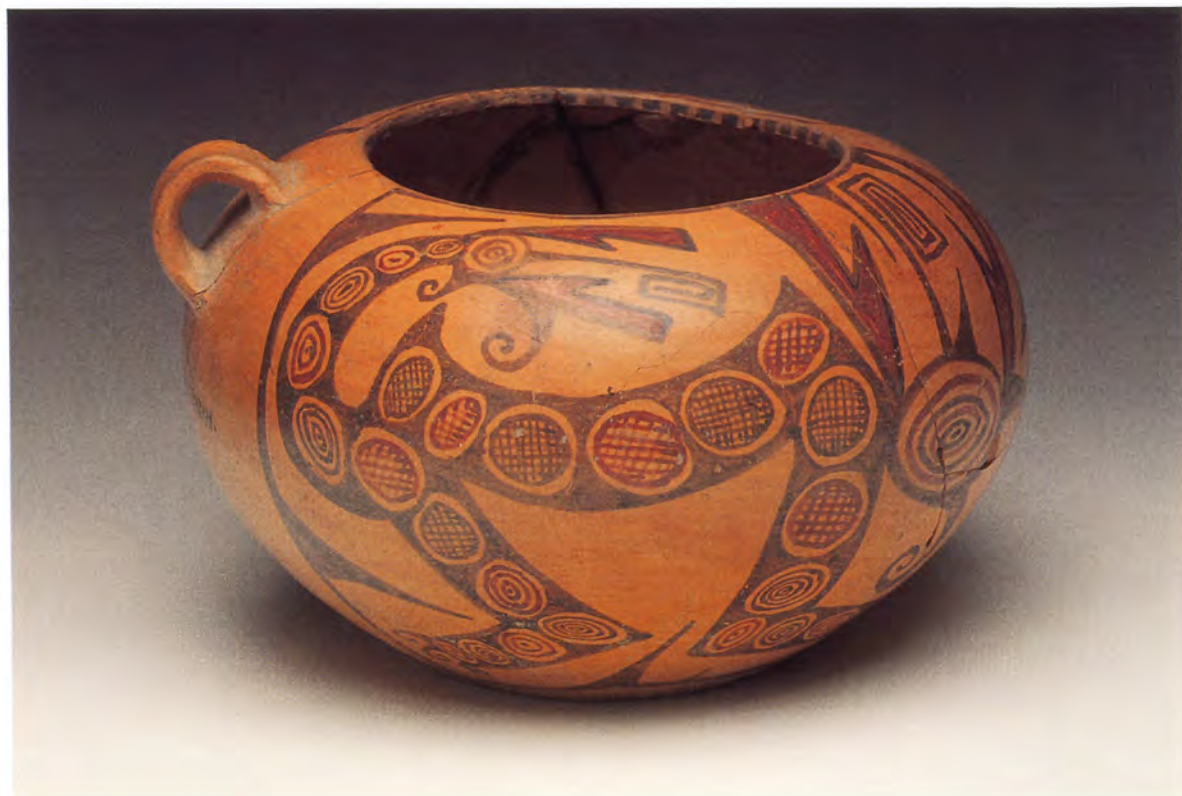
El valle de Ambato, que es la porción norte del extenso valle de Catamarca, está flanqueado al oeste por el cordón montañoso de Ambato o Manchao, mientras que la sierra de Graciana lo hace por el este. Desde los Altos de Singuil, a 1250 m de altitud, fluye el río de los Puestos o del Valle. En general, presenta un clima cálido, con lluvias predominantes en el verano de entre 500 y 800 mm por año.²³ Pero la distribución de las precipitaciones no es uniforme en virtud de la escarpada topografía. En consecuencia, hay localidades que reciben sólo 350 mm anuales. Las quebradas de la vertiente oeste del valle albergan quebrachos colorados (*Schinopsis lorentzii*), mistoles (*Zizyphus mistol*) y tintitacos (*Prosopis torcuata*), pero hay también chañares (*Geoffrea decorticans*), churquis (*Acacia caven*) tuscas (*Acacia aroma*) y garabatos (*Acacia praecox* Gris). En las cotas bajas del fondo predominan los bosques de algarrobos (*Prosopis alba*), molles (*Schinus areira*) y sombra de toro (*Jodina rhombifolia*). Donde las corrientes de agua se desbordan para formar pantanos, crecen gramíneas como el simbol (*Pennisetum frutescens*).²⁴

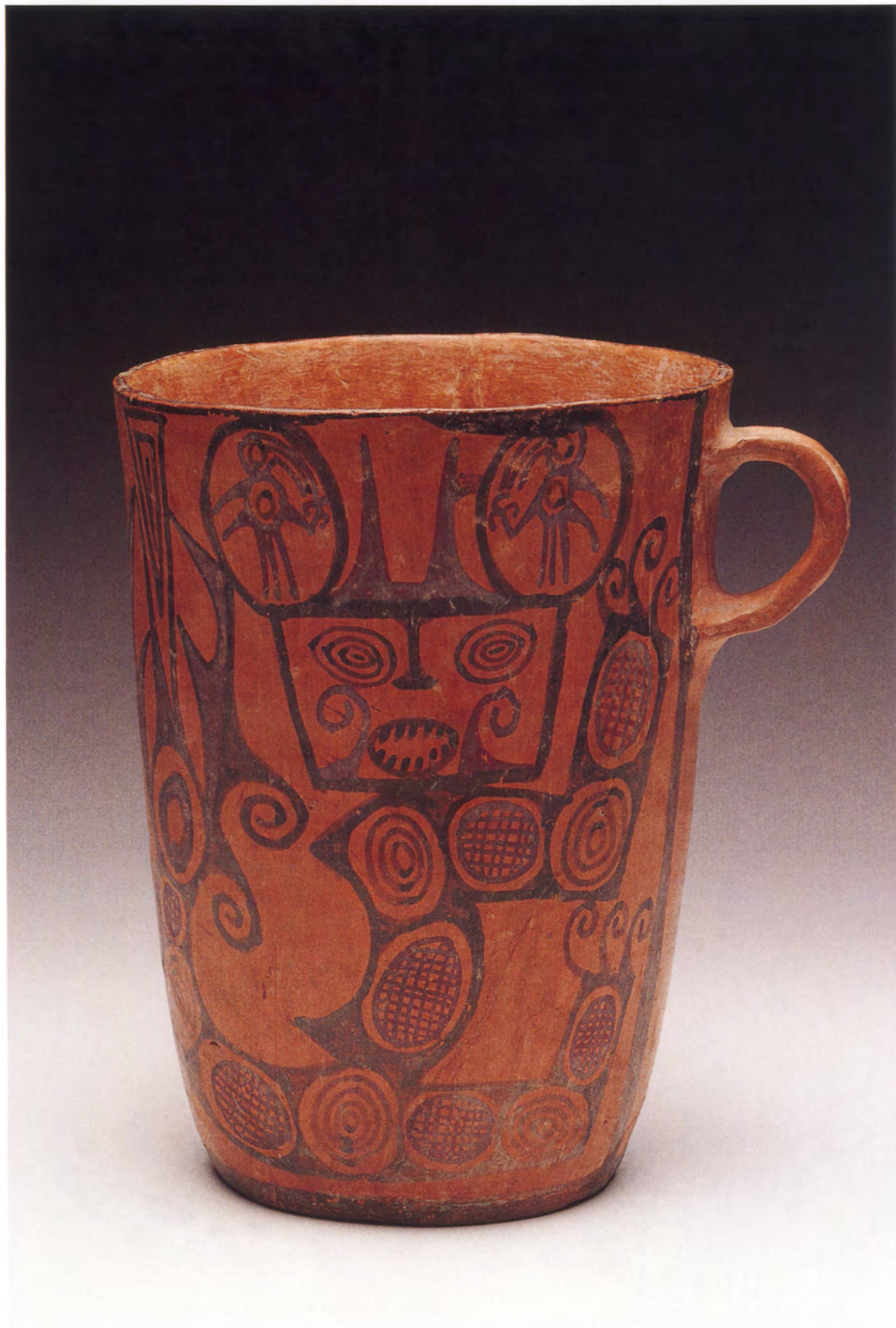
Las taxonomías ponen al Ambato dentro de la provincia fitogeográfica Chaqueña, distrito Occidental. Muy cerca, hacia el oriente, está la franja de vegetación selvática (provincia de las Yungas) que sube la ladera este del sistema de los nevados del Aconquija y que, más allá, hasta los 28° de latitud sur, sigue por los faldeos de la sierra de Ancasti. Al oeste limita con las provincias del Monte y Prepuneña.²⁵ El bosque xerófilo que cubre el fondo de la cubeta y las laderas de las sierras es reemplazado en los Altos de Singuil (cabecera norte del valle) por los prados de gramíneas, vegetación que es particularmente propicia para la crianza de llamas.

Como resultado de nuestras investigaciones arqueológicas podemos afirmar que en el valle de Ambato tuvo origen lo que González definió como la cultura de «La Aguada».²⁶ Esta región fue el escenario donde surgió una nueva modalidad de organización socioeconómica e ideológica, resultado de la conjunción de una serie de elementos que ya existían y de otros que aparecen por primera vez. A la luz de estas circunstancias, ya no es posible imaginar a la cultura de La Aguada como una entidad compacta extendida por gran parte del Noroeste Argentino. Más

Vasija de cerámica,
La Aguada (Col.
Guido Di Tella N° 342,
alto: 11,3 cm).

Vaso de cerámica,
La Aguada (Col.
Guido Di Tella N° 11;
alto: 17,1 cm).





bien, parecen existir manifestaciones que varían según los antecedentes locales que les dieron origen y con el grado de participación y reelaboración ideológicas. Estamos frente a un proceso de profundas transformaciones que habrá de operar, además, como una integración ideológica en gran parte del Noroeste Argentino.

Los últimos análisis realizados sobre muestras procedentes de sitios de viviendas de Ambato, arrojaron fechas que los colocan en los dos primeros siglos de la Era Cristiana. Antes contábamos con otros obtenidos por González en la estructura ceremonial de La Rinconada y que corresponden al 570 ± 40 y 690 ± 40 d.C. Esto quiere decir que el proceso de desigualdad social y complejidad política se inició más tempranamente de lo que hasta ahora se podía suponer y, también, que hay sitios del valle de Ambato que son contemporáneos con El Alamito. Además, es claro que en los sitios de vivienda excavados las cerámicas Ciénaga, Condorhuasi y Aguada/Ambato son contemporáneas.

Hacia el 200 d.C., se ocuparon las tierras llanas del fondo del valle de Ambato para ponerlas bajo cultivo con riego. Hubo un aumento considerable de la población. La proliferación de núcleos de asentamientos marca la transición hacia una organización más amplia, multicomunitaria, y la ruptura de la autonomía de las aldeas autosuficientes. Poseemos fuertes evidencias con respecto a la existencia de redes caravaneras de intercambio a corta y larga distancia vinculadas, tanto con la «ruta del

cebil» como con la especialización en la metalurgia del bronce, probablemente arsenical. La acumulación de un excedente económico representó el fundamento del inédito despliegue de ceremonialismo y de la constitución del poder político de los *kurakas* o «señores». El indicador más impactante es la presencia del complejo ceremonial de plaza-pirámide: una innovación absoluta con respecto a las normas sociales, políticas y religiosas del momento. Esta circunstancia apunta, por un lado, hacia la jerarquización de un grupo social diferenciado y a la aparición de la desigualdad hereditaria; por otro, al surgimiento de la sede del poder que coordina las actividades de la sociedad. Es necesario agregar que en el mismo contexto ocurre la estructuración de una elaborada ideología solar de raigambre centro-sur andina.

La ejecución de nuevos sistemas agrícolas abrió la posibilidad de poner bajo cultivo las tierras llanas del fondo del valle. Al respecto, se ha comprobado el acondicionamiento de cauces menores para el aprovechamiento del agua, así como también la ubicación preferencial de los sitios de vivienda sobre el borde de las terrazas inferiores del río del Valle o de sus antiguos cauces, lo que hace pensar que las terrazas bajas y los cursos abandonados fueron destinados a la agricultura principalmente de maíz bajo riego. Es probable que a partir de este momento se iniciara una dinámica que en breve tiempo, modificó la autosuficiencia del grupo familiar para adoptar modalidades comunitarias.

Vaso de piedra,
La Aguada (Museo
Etnográfico J. B. Ambrosetti
N° 9665; alto: 50 cm).



Disco de bronce «Lafone
Quevedo».



Es posible describir, en términos amplios, tres tipos diferentes de unidades de habitación. Uno de alrededor de 15 x 14 m y una sola fila de recintos, debió albergar un grupo doméstico de tamaño pequeño integrado por una familia nuclear. El segundo tipo, es un módulo de 25 x 35 m con recintos cuadrangulares dispuestos paralelamente sobre los lados menores del rectángulo que conforma el patio central; este es el espacio destinado a las actividades domésticas. La superficie ocupada y las construcciones son considerablemente más complejas y amplias que en el primer tipo: no sería improbable que se combinaran con otros más chicos.²⁷ Hay, por último, unidades que combinan más de un módulo como el antes descrito y, en consecuencia, existe más de un patio; en algunos casos alcanzan dimensiones de hasta 100 m de largo. Por el momento carecemos de fechados que nos permitan ubicar temporalmente estas diferentes modalidades de asentamiento.

En Ambato se construyeron edificios para la realización de ceremonias colectivas. Sin duda la Iglesia de los Indios o La Rinconada fue un lugar destinado especialmente para llevar a cabo complejas ceremonias religiosas.²⁸ Se buscó que la estructura piramidal y las construcciones que la enmarcan dieran al conjunto un aire de monumentalidad e imponencia. Similares características presenta el Bordo de los Indios en la localidad de Los Talas, 8 km al norte de La Rinconada. No sabemos si una y otra estructura se construyeron al mismo tiempo o si una antecedió a la otra. Tampoco hay pruebas de posibles jerarquías, ni de que su emplazamiento obedezca a la vigencia de la organización social andina en *mitades*. También se han registrado montículos («allpataucas») y construcciones ceremoniales que deben corresponder a esta etapa en las localidades catarmaqueñas de El Shincal, Chaquiago y al sur de Londres, además de La Angostura en el valle Calchaquí.²⁹

En el Ambato se inaugura una vida comunal con relaciones sociales que van más allá del parentesco inmediato, y se practican rituales a cargo de individuos especializados en estas funciones. Nos encontramos con una nueva configuración del poder: es el surgimiento de la organización política de una jefatura o señorío. Esta transición es la clave para entender el

proceso de transformación que ocurre en el interior de la sociedad del Ambato y que poco tiempo después se extenderá a otros grupos sociales del NOA.

La ideología es un elemento clave para entender el proceso de integración regional. El análisis de las placas de bronce del Noroeste Argentino y Bolivia, a la luz de las fuentes históricas, nos ha permitido reconocer una antigua ideología centro-sur andina que gira en torno al culto del Punchao.³⁰ La representación de este culto se asocia a seres humanos, felinos, serpientes, saurios y, en menor número, aves y sapos. Las placas metálicas fueron objetos de alto valor simbólico y para el uso del restringido grupo que detentaba el poder. Desde el punto de vista del diseño, presentan un personaje antropomorfo central que lleva adorno cefálico y está vestido con un *unku* o camisa decorada casi siempre con motivos escalonados, espirales curvos y espirales rectangulares, todos ellos



Hacha de bronce,
La Aguada/Ambato
(Museo Etnográfico J. B.
Ambrosetti N° 51734).

Vaso de piedra,
La Aguada (Colección
Particular; alto: 25 cm).



alternados en diagonal. La porción del *unku* que corresponde a los hombros lleva muchas veces las típicas manchas del felino. Es común que el personaje lleve un hacha pendiente del brazo. En ciertos casos está sentado sobre una banca o *tiana*, objeto de alto valor simbólico por ser en los Andes uno de los emblemas del poder.³¹

Sobre los hombros del personaje central se ubican un par de felinos que están claramente representados por sus manchas, fauces, garras y largas colas enroscadas. En la porción inferior hay un animal que aparenta ser un saurio y que tiene la cabeza hacia abajo. En un caso creemos que es posible identificarlo con el ídolo de Copacabana, a orillas del lago Titicaca.

La deidad solar andina es representada generalmente como un personaje antropomorfo. Es válido pensar entonces que las representaciones del Período de Integración (y posiblemente aún antes) que han sido interpretadas como «guerreros», por el solo hecho de portar armas, en realidad representan a la deidad solar o bien a un individuo que la personifica bajo el aspecto de «el Sacrificador», pues reiteramos que es común que el personaje central de las placas metálicas tenga un hacha pendiente del brazo.

No es aventurado pensar en el Noroeste Argentino como un centro importante del uso de alucinógenos y que hizo contribuciones fundamentales al ceremonialismo andino. Podríamos pensar que desde

aquí, por sus contactos con los territorios boscosos, ingresó a algunas regiones de las áreas Andina Centro-Sur y Andina Meridional esta práctica y que fue ésta, también, la principal región de abastecimiento de vegetales psicoactivos. Lo corroboran, por una parte, la presencia de pipas originarias del Noroeste en el oasis atacameño hacia el 300 a 400 d.C.,³² y por otra, el hecho de que hasta el 700 d.C. son comunes los denominados «cubiletes» de caracol, procedentes de las selvas del Noroeste Argentino y que se usaban para almacenar, entre otras cosas, polvos alucinógenos.³³

Existe una relación del valle de Ambato con el oriente catamarqueño y la zona de los ríos Dulce y Salado (Santiago del Estero). En el primer caso se trata del extenso repositorio de arte rupestre sobre la ladera este de la Sierra de Ancasti.³⁴ Las vinculaciones estilísticas con el Ambato son muy claras, pero tanto o más determinante es la presencia de extensos bosques de *cebil*. En el segundo caso se trata de la relación con la cerámica Cortaderas y Las Mercedes. Se pone de manifiesto entonces, una relación extremadamente activa entre los territorios del oriente y los valles del oeste, extendiéndose hacia el occidente hasta alcanzar incluso a San Pedro de Atacama, en Chile. Como prueba de tales contactos tenemos el cesto decorado con característicos motivos de Ambato, procedente del cementerio Coyo Oriental, tumba 4010, y que se asocia con una tableta para alucinógenos con decoración Tiwanaku.³⁵

Vista del río Los Puestos en el valle de Ambato (Catamarca).

Vaso-kero de madera con felino rampante (Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige S.J. N° 17.104; alto: 19 cm).





La metalurgia tuvo gran importancia social durante el Período de Integración. La parte sur del macizo del Aconquija -apenas al norte del valle de Ambato- es rica en cobre arsenical: enargita, tannantita y tetrahedrita.³⁶ La región siempre ha sido reconocida como una fuente de materia prima en tiempos prehispánicos para la fabricación de objetos de metal.³⁷ En la extremidad sur del sistema del Aconquija se encuentra uno de los centros importantes de la metalurgia de bronce arsenical durante los Períodos Formativo y de Integración. Allí se articuló un sistema de rutas de intercambio en las que el metal era importante.

González propuso tres sectores diferentes para la denominada cultura de La Aguada.³⁸ Si bien en todos ellos es claro el predominio de la temática felina (con decenas de versiones y en las más insólitas combinaciones), las imágenes de serpientes o del «Sacrificador», hay, de todos modos, variantes que pueden ser señaladas:

1. Sector occidental, que se centra en el valle de Hualfín y abarca hasta el valle de Abaucán en el oeste, por el oriente la sierra del Ambato y en el sur hasta el límite de La Rioja y Catamarca.

2. Sector meridional, que se extiende desde La Rioja hasta el norte de San Juan.

3. Sector oriental, centrado en los valles de Ambato y Catamarca, y el sudoeste de la provincia de Tucumán.

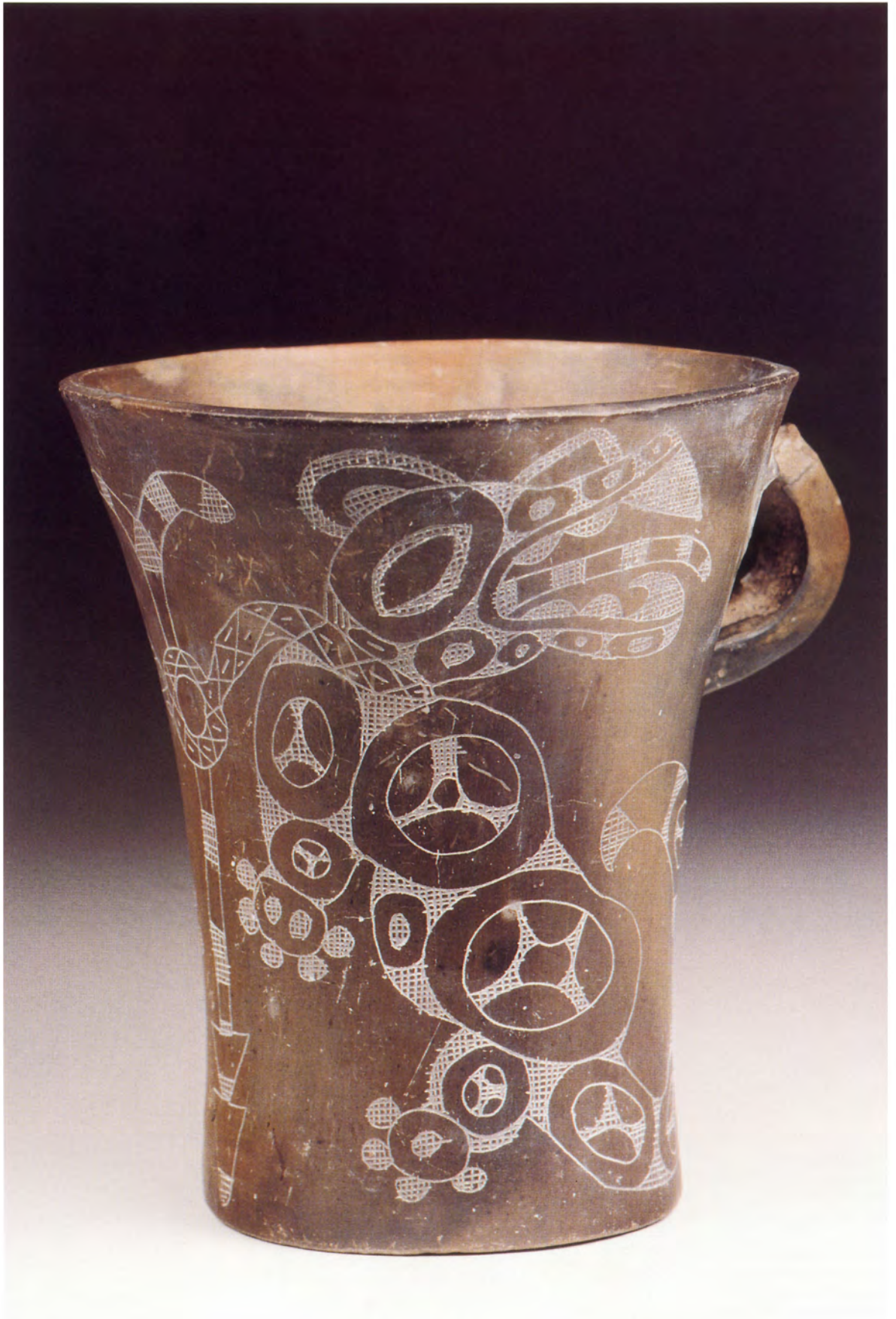
Al primer sector corresponden las referencias clásicas que se han dado de la cultura La Aguada. Su alfarería ha sido descrita como gris con decoración grabada o ante con decoración policroma. El sector meridional aparece caracterizado por la instalación en pequeños poblados de viviendas de barro y una alfarería cuyo motivo más emblemático es una ave finamente estilizada pintada de negro sobre rojo o ante. Hay también piezas policromas y gris grabadas de contorno complejo.

El sector oriental o del valle de Ambato posee una alfarería negra bruñida muy característica, con decoración grabada de personajes humanos profusamente engalanados (los supuestos «guerreros»), felinos ejecutados de manera realista o la combinación de rasgos felínicos o humanos para componer un tema de rigurosa simetría. También proceden de este sector figuras huecas modeladas con



Hacha de bronce,
La Aguada/Ambato
(Museo de La Plata
Nº 3313; largo: 41,4 cm).

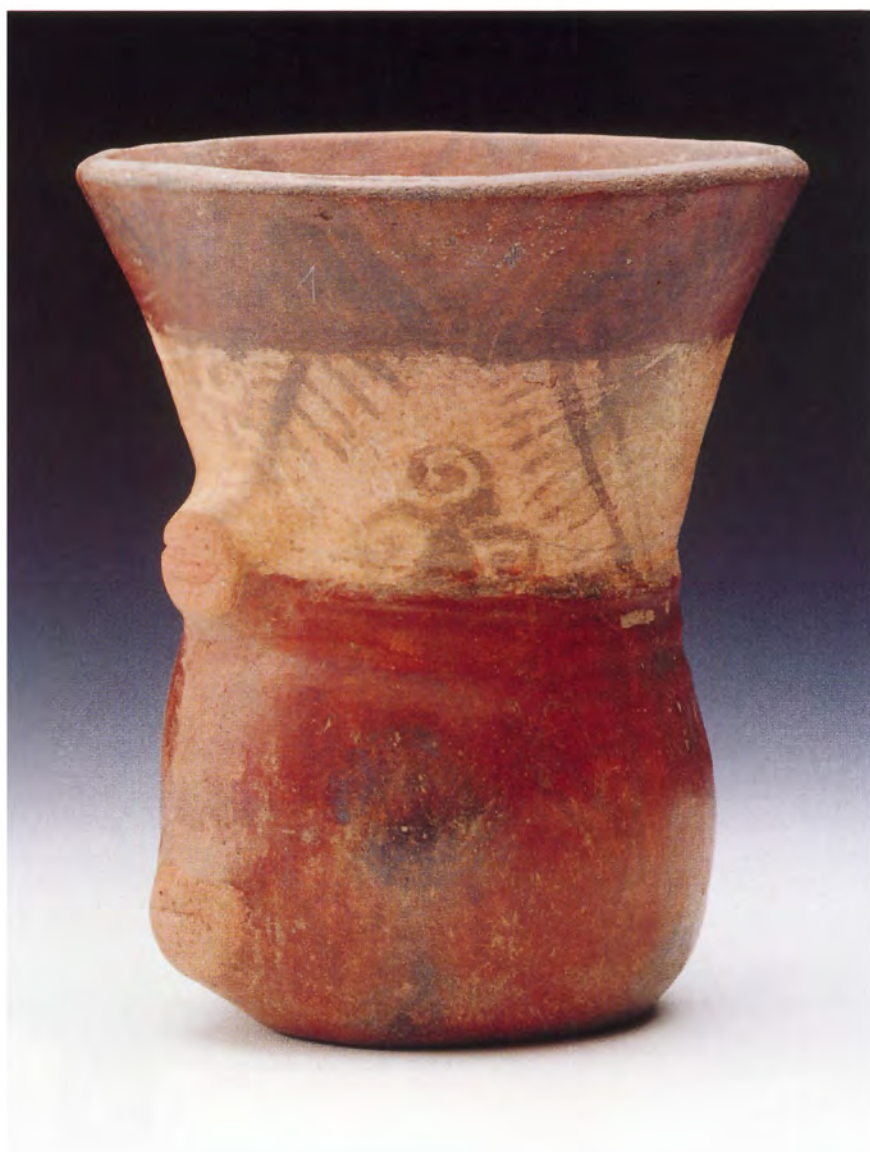
Vaso grabado de
cerámica,
La Aguada/Ambato.



adornos, tatuajes y complejos tocados que, con seguridad, hacen referencia a los sujetos que detentan el poder. En contraste, las piezas policromas son aquí casi inexistentes.

Un elemento que permite establecer una serie de interesantes vinculaciones, son las grandes vasijas que presentan decoración pintada. Su tema central es un personaje humano complementado con serpientes o felinos y motivos geométricos, utilizando la combinación de negro con orla blanca sobre un fondo rojo, típicos de Condorhuasi. El rasgo más notable de estas piezas es la nariz del personaje, representada mediante un gancho modelado hacia arriba y una boca abierta que muestra claramente los dientes y una lengua saliente. Los motivos de serpientes y felinos son claramente «Aguada», mientras la forma, pasta,

textura y pintura corresponden al tipo cerámico de Alamito denominado «Alumbreira Tricolor» y que, al parecer, sería una continuación de Condorhuasi Clásico.³⁹ Las mismas características -nariz en gancho, boca con dientes y lengua saliente- las hallamos en un vaso modelado en cerámica negra con motivos geométricos incisos, de clara filiación Aguada/Ambato.⁴⁰ Hay una pieza de un personaje sentado que, además de la nariz en gancho, presenta un tratamiento de las extremidades que recuerda a los «suplicantes». Estos rasgos tan típicos los volvemos a encontrar en máscaras, morteros y «suplicantes» de piedra que proceden, la mayoría, de la región de Ambato, Andalgalá, Alamito, Balcozna y el piedemonte sur de Tucumán. Todo hace pensar que este tipo de representaciones configuran un conjunto cuya coherencia está dada por la apelación a las élites:



Vasija de cerámica,
La Aguada (Col. Guido Di
Tella N° 1047;
alto: 33 cm).

Vaso de cerámica, Isla
(Museo Arqueológico R.P.
Gustavo Le Paige S.J.
N° 8.492; alto: 12,8 cm).

culto de los antepasados fundadores del linaje, de las *wakas* tutelares o de los señores.

La iconografía del Período de Integración (o de la cultura de La Aguada si se prefiere) es una constante búsqueda por la legitimación del poder y de la desigualdad social hereditaria. Bienes (productos alucinógenos, metales, tejidos o plumas) y símbolos sirven para enmascarar las relaciones de dominación. El carácter divino, el vínculo de los linajes con los dioses, es parte de la manipulación iconográfica que hacen las élites para aparecer como un grupo especial de la sociedad. Con el fin de sacralizar y legitimar la dominación política, los señores intercambian saberes esotéricos y objetos de alto valor simbólico y jerárquico, que estimulan el surgimiento y la adopción de esa iconografía del poder. La ideología compartida

y las redes de intercambio que establecen los señoríos, es el vehículo para el traslado de objetos ligados simbólicamente a las poderosas fuerzas del universo.

Durante este período, en la parte septentrional del Noroeste Argentino, particularmente en la región de la Quebrada de Humahuaca, se desarrolló la cultura de La Isla. Esta tuvo estrechos y sostenidos vínculos con las sociedades de los oasis de Atacama, y fue allí donde entró en contacto con Tiwanaku. La alfarería de La Isla está decorada con motivos geométricos pintados en negro y blanco sobre rojo. Sus formas más comunes son los jarros que debieron de tener la misma funcionalidad que los *keros*.



LOS PUKARAS: PERIODO DE DESARROLLOS REGIONALES

Los comienzos de este período pueden situarse aproximadamente en el siglo X de nuestra Era. Su característica más notable –y en contraste con el período precedente– es la aparición de fuertes variantes locales dentro del conjunto regional del Noroeste Argentino. Las poblaciones tendieron a concentrarse en aldeas fortificadas –los denominados pukaras– que en ciertos casos podían albergar a un elevado número de pobladores. Esto testimonia un acendrado territorialismo, respaldado por prácticas bélicas que sin duda fueron un reflejo de importantes cambios en el clima sociopolítico. Los aspectos

materiales, la alfarería en particular, adquirieron modalidades locales que podían variar de valle en valle. Las diferencias, con todo, no alcanzaron a opacar el denominador común, evidente por ejemplo en el aspecto lingüístico y probablemente en el religioso. Debe hacerse notar que además del registro arqueológico para los últimos momentos de este período es posible recurrir a testimonios escritos de muy variada naturaleza y valor legados por los españoles. Se pueden identificar grandes conjuntos étnicos, como son los diaguitas, calchaquies y humahuacas en el actual territorio argentino, y los atacameños en Chile, que fueron quienes recibieron el impacto de la invasión europea.

Urna de cerámica, Belén
(Museo Chileno de Arte
Precolombino N° 0001;
21,8 cm).

Vasija antropomorfa de
cerámica, Yavi (Museo
Arqueológico R.P. Gustavo
Le Paige S.J. N° 17.108;
alto: 18 cm).





En concordancia con el incremento de los aspectos bélicos, se observa un aumento cuantitativo –si bien no cualitativo– de las armas fabricadas en bronce. Según criterios estrictamente plásticos y en comparación con los períodos anteriores, los grupos sociales de este período parecen haber concentrado su esfuerzo en una producción que ponderaba más bien los aspectos masivos en detrimento de los estéticos.

Desde el punto de vista sociopolítico, estas entidades étnicas alcanzaron a conformar complejos señoríos que ejercían su autoridad sobre uno o más valles. Las sociedades continuaron un intenso proceso de diferenciación interna sin alcanzar a dividirse en verdaderas clases sociales. Cada entidad mantenía su

independencia y autonomía, llegando a conformar una federación tribal ante algún peligro externo (la invasión europea del siglo XVI, por ejemplo). En lo referente a la religión, se nota una continuidad con las épocas anteriores, si bien en el aspecto iconográfico hubo un marcado acento en la representación de la serpiente de dos cabezas (anfisbena). Por las crónicas hispánicas sabemos que existían pequeños templos llamados «mochaderos», donde se veneraban imágenes antropomorfas talladas en madera y engalanadas con plumas y metales.

Es indudable que la región de valles y quebradas fue la de mayor gravitación en el Noroeste Argentino, tanto en lo que se refiere al desarrollo cultural como a la

Disco de bronce, Santa María (Museo de La Plata ; diámetro: 30 cm).

Disco de bronce, Santa María (Col. Guido Di Tella N° 1; diámetro: 39,2 cm).





densidad de población. En el Período Colonial esta región se destaca por la perduración de los patrones culturales indígenas, ya que éstos se mantuvieron independientes del dominio español por largo tiempo.

Las sociedades del Período de Desarrollos Regionales, en notable contraste con las del Formativo, no practicaron la escultura en piedra. Sólo elaboraron con ella algunos elementos de uso cotidiano como cuchillos, puntas de flechas y cuentas de collar. En cambio, realizaron excelentes trabajos de metalurgia. La mayoría de las piezas metálicas proceden del valle de Santa María y, con menor frecuencia, del valle del Cajón. Se trata de discos, pectorales, hachas decoradas, manoplas, campanas y piezas utilitarias. El más alto desarrollo artístico de estos pueblos se logra en los grandes discos circulares. En neto contraste con

la abigarrada decoración de los ceramios, en el metal las superficies tersas están delicadamente delimitadas por líneas definidas y los diseños aparecen con claridad sobre las superficies. En general los motivos son cabezas humanas y serpientes. La técnica con que han sido confeccionados es siempre el vaciado en molde. La antigua tradición de poner la técnica (en este caso la metalurgia) al servicio de lo ideológico parece perdurar, por lo menos, desde La Aguada.

En el Período de Desarrollo Regionales destaca la cultura Santa María, cuya cerámica está decorada mediante una combinación de elementos geométricos, abstractos y figurativos. Los diseños repiten una y mil veces los rígidos motivos, pero siempre combinándose en múltiples posibilidades, variando su ubicación y distribución, para aparecer como conjuntos siempre nuevos.

Campana de bronce,
Santa María
(Museo Chileno de Arte
Precolombino N° 0957;
alto: 29,8 cm).

Urna de cerámica,
Santa María
(Museo Chileno de Arte
Precolombino N° 959;
alto: 63 cm).





EL TAWANTINSUYU

La incorporación del Noroeste Argentino al estado incaico -el *Tawantinsuyu*- fue un hecho de crucial importancia, ya que dejó una impronta indeleble en el aspecto material y, fundamentalmente, en el sociopolítico, aun cuando la presencia cuzqueña no duró más de medio siglo. De esta manera, las sociedades indígenas del Noroeste Argentino se unieron de modo directo y permanente a las grandes corrientes de la alta cultura andina. Quedaron inmersas en el universo de la civilización indígena con sus desigualdades de clase, las complejas y asimétricas reciprocidades, ambiguas lealtades políticas, intrincado ceremonialismo, profuso simbolismo y el prestigio de estar asociado a la mítica figura del Inka.

Según la tradición oral que recogieron en el siglo XVI los españoles, fue Tupac Inca, décimo inka e hijo del legendario Pachacuti, quien hacia 1480 incorporó al *Tawantinsuyu* el Noroeste y Cuyo, de lo que hoy es el territorio argentino.

Tupac Inca Yupanki,
según *El Primer Nueva
Corónica y Buen Gobierno*
(Felipe Guamán Poma de
Ayala).

Una de las causas que puso en movimiento la expansión incaica fue, quizás, la necesidad ampliar los recursos, entre los que debieron tener gran importancia los metales, la producción maicera y la fuerza de trabajo. Tal esquema debió de precisar, como piedra angular, de una red de caminos que hiciera posible la integración del Noroeste Argentino al resto del *Tawantinsuyu* y que, a la vez, canalizara el flujo de recursos hacia el sistema de redistribuciones y reciprocidades. Era condición necesaria la sistematización y organización de las comunicaciones a través de las vías naturales, lo cual explica la presencia de construcciones estatales como *tampus*, pukaras, centros administrativos y depósitos. A la ingeniería vial se agrega la indispensable utilización de la llama como animal de carga.

Llevar a cabo esta enorme expansión territorial y política significó para el *Tawantinsuyu* poner en práctica el traslado y desarraigo masivo de poblaciones para que cumplieran la función de



colonizar nuevos territorios, operaran guarniciones leales al Cuzco o bien como castigo por su rebeldía. Tal política de traslados alteró profundamente la geografía étnica y fue el vehículo para la transformación y la difusión culturales. Las políticas administrativas estatales también aportaron a los cambios de vida de las regiones bajo su dominio y como parte de esta dinámica es que se difundió en el Noroeste Argentino la lengua el quechua, que serviría posteriormente como *lingua franca* a los invasores españoles.

En el aspecto religioso hay evidencias que apuntan hacia la participación inkaica en la rica y antigua tradición centro-sur andina, cuyo eje simbólico y mítico se sitúa, como ya dijimos, en el lago Titicaca. Allí los inkas remozaron y ampliaron el importantísimo centro ceremonial consagrado al culto solar, quizás el de mayor jerarquía en los Andes.



Vasos-keros de madera con decoración grabada, Inka (Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, N° 51.575 y 43.168; altos: 14,5 y 13,8 cm; según González 1977).

LA INVASION EUROPEA

En su avance desde el norte andino, los españoles se sirvieron de la información que manejaban los inkas sobre las regiones meridionales y, además, emplearon la infraestructura cuzqueña en provecho propio. No es casual que Diego de Almagro viajara acompañado por el Inka Paullo y Vilahoma, el primero, hermano del Inka y supremo sacerdote el segundo.

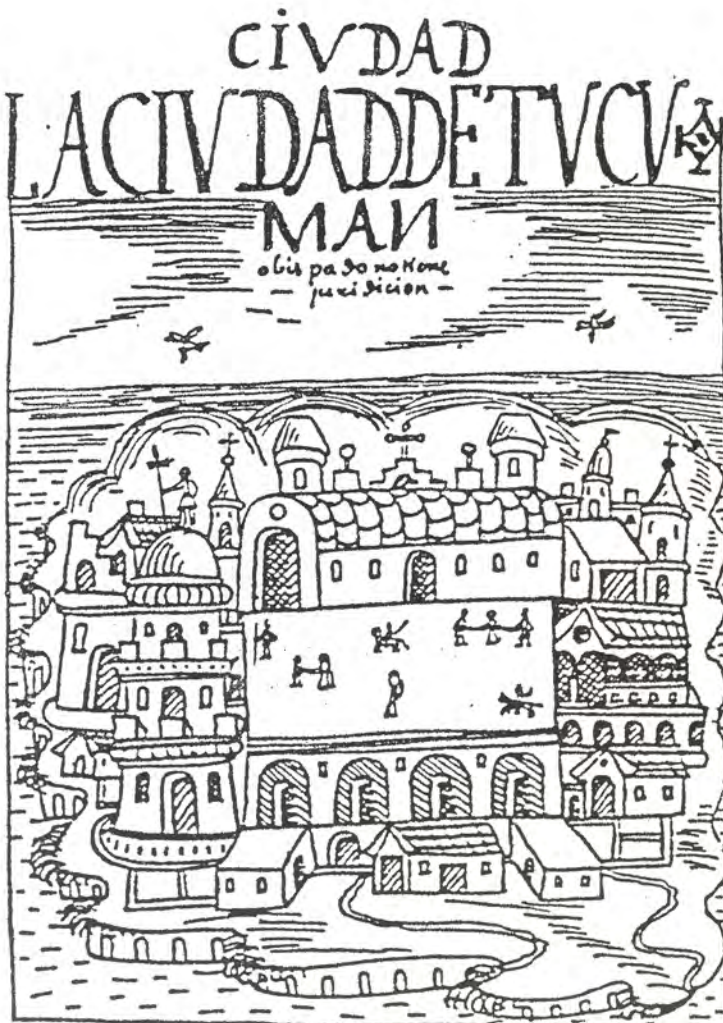
La primera presencia hispana en el Noroeste Argentino se remonta a 1528, con la incursión de Francisco César desde el litoral. En 1535 pasó por la región Almagro, en tránsito hacia Chile, y en 1543 hizo su entrada Diego de Rojas, también llegado desde el Perú. Pero ninguna de estas expediciones significó la ocupación del territorio. La explotación de los indios para alimentar a los españoles desembocó en las primeras resistencias y enfrentamientos armados.

Con la instalación permanente de los españoles en las recién fundadas ciudades, los indígenas vieron cómo

se desarticulaba su sociedad y su modo de vida. Las obligaciones impuestas por los conquistadores, la explotación del trabajo femenino en obrajes textiles, la frecuente ausencia de hombres, obligados a llevar arcos de ganado al Alto Perú y otros gravámenes, impedían el normal funcionamiento de la antigua economía y separaban a los miembros de las familias. A ello se sumó la propagación de nuevas enfermedades, que redujeron drásticamente la población indígena.

Esta situación encendió el fuego de la sublevación en el entonces llamado valle Calchaquí (los actuales valles de Santa María y Calchaquí) que permanecía como un reducto inconquistado. El primer alzamiento se produjo hacia 1558 y duró varios años. El legendario *kuraka* o cacique Juan Calchaquí fue quién lo encabezó. En 1592, Viltipoco, *kuraka* de los tilcaras y de los purmamarcas en Jujuy, lideró desde la Quebrada de Humahuaca una confederación de pueblos que intentó expulsar a los extranjeros. En 1630 estalló el «Gran Alzamiento», dirigido en su

Ciudad de Tucumán, según
El Primer Nueva Corónica
y Buen Gobierno (Felipe
Guamán Poma de Ayala).



primera etapa por el cacique Chalimín, quien fue capturado y ejecutado siete años después. El levantamiento, que convocó también a distintos grupos sometidos, se extendió hasta 1643. Reprimida esta rebelión, el valle Calchaquí seguía inexpugnable, en momentos en que los españoles, escasos de mano de obra por la merma de la población indígena sometida, necesitaban tomar ese enclave que alojaba a unas 20.000 personas.

Entre 1656 y 1665 estalló el último alzamiento, iniciado con la entrada en el valle del aventurero y tráfuga andaluz Pedro Bohórquez (en realidad su nombre era Pedro Chamizo), quien se instaló en Tolombón y, diciéndose descendiente del último Inka, se proclamó su sucesor legítimo. Estableció alianzas con varios caciques locales, casándose con sus hijas y elaboró un plan para desalojar a los españoles de la región. Bohórquez fue capturado en 1659, pero la

rebelión continuó cinco años más, hasta que el gobernador Mercado y Villacorta conquistó a los últimos reductos de resistencia en el valle.

Con esto terminó la independencia de los indígenas de la región, que fueron incorporados al sistema de encomiendas, desnaturalizados de sus tierras e incluso, en algunos casos, trasladados fuera del Noroeste Argentino, como ocurrió a los quilmes llevados a Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, y a los acalianos desterrados primero a Esteco y luego también a Buenos Aires. Por otro lado, aquellos que no sufrieron tan duro destino fueron de todos modos desarraigados para dislocar las unidades sociales mayores. Este proceso de aculturación forzada impuesto a las sociedades indígenas las transformó, al cabo de algunos siglos, en comunidades «criollas». Así, a la fuerza, se pretendió borrar la profunda corriente civilizatoria andina del noroeste de la Argentina.

NOTAS

¹ José Antonio Pérez Gollán, Director del Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

² Este texto no habla de toda la arqueología del Noroeste Argentino: nunca tuvimos esa pretensión. Hemos tratado sólo de destacar aquellos procesos sociales que, a nuestro juicio, dejaron su impronta en la evolución de la civilización andina. Es, más bien, una plática en la que intervienen, por un lado, un narrador que es arqueólogo y argentino (cordobés, para más datos); por el otro, un lector chileno (aunque no es una condición excluyente) dispuesto a no perder nunca su capacidad de asombro frente a todo lo que compartimos desde hace tantos siglos. Mi narración, dejémoslo aclarado, es una indagación desde el presente. Si se me lo permite, hasta soy capaz de entretenerlo.

³ Tarragó 1977.

⁴ Castillo 1992.

⁵ Dougherty 1975: 364.

⁶ Dougherty 1975; Serrano 1963.

⁷ Dougherty 1975.

⁸ Núñez Atencio 1991.

⁹ Albeck 1992.

¹⁰ Palma & Olivera 1993.

¹¹ Salas 1947, 1948.

¹² Rivolta & Albeck 1992.

¹³ Aparicio 1941; Hunziker 1943; González 1972.

- ¹⁴ Heredia 1974.
- ¹⁵ Bernasconi de García & Baraza de Font 1982.
- ¹⁶ Heredia et al. 1974.
- ¹⁷ González 1972.
- ¹⁸ Berberían 1988.
- ¹⁹ Bernasconi de García & Baraza de Font 1982.
- ²⁰ Earle 1990.
- ²¹ Martínez 1986.
- ²² Núñez Regueiro & Tartusi 1987.
- ²³ Ardissonne 1941.
- ²⁴ Cabrera 1976: 26.
- ²⁵ Cabrera 1973.
- ²⁶ González 1961-64.
- ²⁷ Juez 1991.
- ²⁸ González 1983; Gordillo 1990.
- ²⁹ González 1961-64: 211-226; Raffino et al. 1979-82.
- ³⁰ Pérez Gollán 1986.
- ³¹ Martínez 1986.
- ³² Berenguer & Dauelsberg 1989: 154.
- ³³ Núñez Atencio 1991.
- ³⁴ De la Fuente & Arrigoni 1975; De la Fuente & Díaz Romero 1975; Segura 1988.
- ³⁵ Berenguer 1984; Torres 1987: 43.
- ³⁶ Fester & Retamar 1856: 167-169; Lechtman 1980: 308-309.
- ³⁷ Scattolin & Williams 1991.
- ³⁸ González 1977: 204-207, fig. 113.
- ³⁹ Núñez Regueiro & Tartusi 1987: 152.
- ⁴⁰ Avila & Herrero 1991: 29-31-
- ⁴¹ Earle 1990.

REFERENCIAS

- ALBECK, M. E.,
1992. El ambiente como generador de hipótesis sobre dinámica sociocultura prehispánica en la Quebrada de Humahuaca. *Cuadernos* 3. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales; Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
- APARICIO, F. DE,
1941 «Nuevas investigaciones en la Pampa Grande». *La Prensa*; 21 de septiembre. Buenos Aires.
- AVILA, A. & R. HERRERO,
1991 Secuencia estratigráfica I del sitio arqueológico Martínez 3 (SCatAmb 003), depto. Ambato, Catamarca. *Publicaciones* 46, Arqueología, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- BERBERIAN, E. E.,
1988 *Sistemas de asentamientos prehispánicos en el valle de Tafi*. Comenchingonia. Córdoba.
- BERENGUER, J.,
1984 Hallazgos La Aguada en San Pedro de Atacama. *Gaceta Arqueológica Andina* 12: 12-14, Lima.
- BERENGUER, J. & P. DAUELSBERG,
1989 El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku. En: *Culturas de Chile: Prehistoria*, J. Hidalgo et al., Eds., pp. 129-180. Santiago: Sociedad Chilena de Arqueología & Editorial Andrés Bello.
- BERNASCONI DE GARCÍA, M. T. & A. N. BARAZA DE FONT,
1982 Estudio arqueológico del valle de La Ciénaga (departamento Tafi, provincia de Tucumán). *Anales de Arqueología y Etnología* 36/37, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- CASTILLO, G.,
1992 Evidencias sobre el uso de narcóticos en el norte semiárido chileno: catastro regional. *Boletín del Museo Regional de Atacama* 4, Copiapó.
- EARLE, T.,
1990 Style and Iconography as Legitimation in Complex Chiefdoms. En: *The Uses of Styles in Archaeology*, M. Conkey & C. Hastorf, Eds. Cambridge: Cambridge University Press.
- GONZÁLEZ, A. R.,
1972 Descubrimientos arqueológicos en las serranías de «Las Pirguas» (Provincia de Salta). *Revista de la Universidad Nacional de La Plata* 24, La Plata.

- 1977 *Arte precolombino de la Argentina: Introducción a su historia cultural*. Buenos Aires: Filmediciones Valero.
- HEREDIA, O.; J. A. PÉREZ & A. R. GONZÁLEZ,
 1974 Antigüedad de la cerámica policroma en el Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- HUNZIKER, A. T.,
 1943 Granos hallados en el yacimiento arqueológico de Pampa Grande (Salta, Argentina). *Revista Argentina de Agronomía* 10 (2), Buenos Aires.
- NÚÑEZ ATENCIO, L.,
 1991 Tráfico, factos y conchas. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 13: 18-19, Santiago.
- PALMA, J. R. D. E. OLIVERA,
 1993 Hacia la contrastación de un modelo arqueológico para el Formativo Regional en Humahuaca: El caso de Estancia Grande. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 14, Buenos Aires.
- PÉREZ GOLLÁN, J. A.,
 1987 Iconografía religiosa andina en el Noroeste Argentino. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 15 (3-4), Lima.
- RAFFINO, R.,
 1977 Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (provincia de Salta, Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata II*, La Plata.
- RIVOLTA, M. C. & M. E. ALBECK,
 1992 Los asentamientos tempranos en la localidad de Tilcara, SJuj Til. 22 Provincia de Jujuy. *Cuadernos* 3, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales; Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
- Scattolini, M. C. & V. Williams,
 1991 Actividades minero metalúrgicas prehispánicas en el Noroeste Argentino: Nuevas evidencias y su significado. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 21 (1), Lima.
- TARRAGÓ, M.,
 1977 Relaciones prehispánicas entre San Pedro de Atacama (norte de Chile) y regiones aledañas: La Quebrada de Humahuaca. *Estudios Atacameños* 5, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama.

FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE

Presidente: Sergio Larraín García Moreno, *Secretaria:* Luisa Larraín de Donoso, *Tesorero:* Carlos Alberto Cruz Claro, *Consejeros:* Rector de la Universidad de Chile, Jaime Lavados Montes; Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Juan de Dios Vial Correa; Alcalde de la Ilustre Municipalidad de Santiago, Jaime Ravinet de la Fuente; Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos, Marta Cruz-Coke Madrid; Presidente de la Academia Chilena de la Historia, Javier González Echenique; y *Representantes de la Familia Larraín Echenique:* Francisco Mena Larraín y R. P. Gabriel Guarda Gewitz O.S.B.

MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

Director: Carlos Aldunate del Solar, *Subdirector:* Francisco Mena Larraín, *Curador:* José Berenguer Rodríguez, *Conservadora:* Pilar Alliende Estévez, *Jefa Administrativa:* Julia Arriagada Palma, *Relacionadora Pública:* Carolina Blanco Vidal, *Museología:* José Pérez de Arce Antoncich y Luis Solar Labra, *Investigación:* Luis Cornejo Bustamante, Francisco Gallardo Ibáñez, Zoltan Paulinyi y Carole Sinclaire Aguirre, *Conservación:* María Victoria Carvajal Campusano, Erica Ramírez Rosales, Andrés Rosales Zbinden, Varinia Varela Guarda, *Educación:* Rebeca Assael Mitnik, Amalia Córdova Hidalgo, Elena del Valle Soto, Antonio Pinto y Sara Vargas Neira, *Difusión:* Claudio Mercado Muñoz, *Biblioteca:* Isabel Carrasco Paineñil, Marcela Enríquez Bello, Ana Luisa Inostroza Pinto y Rosario Edwards Echenique, *Administración:* Mónica Marín Schmidt (Secretaria) y Erika Doering Araya (Contadora), *Tienda:* Dolores Casanova Mora y Evelyn Fuchs Ledermann, *Auxiliares:* Raúl Padilla Izamit y Fernando Farías Jeria, *Mantención:* Guillermo Restelli Valdivia.

Curaduría: José Antonio Pérez Gollán, José Berenguer Rodríguez, Luis Cornejo Bustamante, Francisco Gallardo Ibáñez y Carole Sinclaire Aguirre.

Iluminación: Ramón López Cauly.

Asesoría Artística: Carlos Alberto Cruz Claro.

Edición a cargo de:
José Berenguer Rodríguez

Fotografía:
Vicky González
pág. 13.

José Antonio Pérez Gollán
pág. 44.

Fernando Maldonado Roi
Portada, págs. 7, 19, 22-23, 26, 27, 29, 30,
31, 32, 33, 34, 35, 37, 38, 39, 41, 42, 43,
45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54 y 55

Carole Sinclaire Aguirre
págs. 20-21

Se agradece al Sr. Emile Deletaille, de
Bélgica, su autorización para publicar
fotografías relacionadas con la Exposición
«Tesoros del Nuevo Mundo»

Diseño:
Fernando Maldonado Roi

Impresión:
Ograma

Santiago de Chile

